

Vida
Aristocrática



• SOCIEDAD •
• ARTE •

• DEPORTES •
• MODAS •

Vida Aristocrática



Revista del Hogar

SOCIEDAD • ARTE • DEPORTE • MODAS

Se publica los días 15 y 30

Suscripción: Dos pesetas al mes.

Número suelto: Dos pesetas.

PARA PUBLICIDAD PÍDANSE TARIFAS

Madrid - Goya, 3. Teléfono 5.583

LA VISITA DE LOS REYES DE ITALIA

TRES BRILLANTES FIESTAS ARISTOCRATICAS

MUCHOS han sido los actos de diversa índole celebrados en Madrid con motivo de la reciente visita de los Reyes de Italia. El pueblo ha sumado su entusiasmo al de las demás clases sociales y Sus Majestades han podido abandonar la capital española satisfechos y agradecidos por las reiteradas muestras de afecto recibidas.

Pero entre los actos aludidos, ha habido tres, especialmente interesantes para la sociedad madrileña: la función de gala en el Teatro Real, la recepción en la Embajada de Italia y el baile en el palacio de Liria.

La función del Real fué brillantísima. El teatro, adornado con flores y ocupado por selectísima concurrencia, ofrecía deslumbrador aspecto.

La presencia de los soberanos italianos y españoles fué acogida con una cariñosa ovación.

Ocuparon el centro del palco de gala los Reyes Víctor Manuel y Elena. A la derecha de la Soberana de Italia nuestra Reina, el Príncipe de Piemonte y la Reina D.^{na} Cristina. Y a la izquierda del Monarca italiano, nuestro Rey y el Príncipe de Asturias.

Detrás, la Infanta D.^{na} Isabel, la Duquesa de Talavera y los Infantes D. Alfonso de Borbón, D. Fernando y D. Luis Fernando.

Vestía la Reina Elena rico traje brochado de oro, pálido, y destacaba sobre el negro de sus cabellos un espléndido aderezo de brillantes y esmeraldas. De las mismas piedras, magníficas, era el collar al que se unía otro, de brillantes.

De azul celeste, brochado en plata, era el traje de nuestra bella Soberana, que se adornaba con soberbia diadema de brillantes y collares, de brillantes también.

Los Reyes llevaban los uniformes de jefes de sus Ejércitos respectivos, luciendo Víctor Manuel sobre el gris de su guerrera, la banda del Gran Collar de Carlos III y el Toisón de Oro.

La Reina D.^{na} Cristina, de color malva, con brillantes; la Infanta D.^{na} Isabel, de gris, la Duquesa de Talavera, de gris oscuro y brillantes, y los Príncipes herederos y los Infantes con sus respectivos uniformes.

Damas de la nobleza española y del séquito italiano, el cuerpo diplomático extranjero y otras muchas distinguidas personas, ocupaban palcos y butacas.

Después de una parte de concierto se representó un acto de la ópera *Maruxa* y otro de *La Dolores*, siendo muy aplaudidos Ofelia Nieto, el barítono Monte Santo y los demás intérpretes.

La fiesta en la Embajada de Italia fué en honor de los Soberanos de ambos países. Precedió a la recepción una comida, a la que pudo asistir la Embajadora, a pesar de no hallarse aún restablecida de la lesión que días antes se produjo en un pié.

En el banquete la Reina Elena tenía a su derecha a don Alfonso XIII y a su izquierda al Infante don Fernando. El Rey Víctor Manuel se sentaba entre la Reina doña Victoria y la Infanta doña Isabel. En las cabeceras, el Príncipe de Piemonte y el Príncipe de Asturias.

Entre los restantes comensales figuraban, además de los marqueses Paulucci di Calboli y de sus hijos los marqueses Paulucci Barone, la duquesa de San Carlos, el duque de Alba, duquesa y duque de Medinaceli, duquesa y duque de Fernán Núñez, duquesa y duque del Infantado, duquesa y duque de Montellano, marquesa y marqués de Viana, conde y condesa de Bruschi Falgari, duquesa de Cito, almirante duque Tahon di Revel, don Antonio Maura, Príncipe Próspero Colonna exalcalde de Roma, marqués de la Torre Recilla, duque de Miranda, marquesa y marqués de Bendaña, conde y condesa de la Viñaza, señor Cittadini, general y general Miláns del Bosch, generales Moltó, Losada (don Antonio), Barrera, Lafuente y Navarro; alcalde de Madrid, señor Alcocer; marquesa y marqués de Hoyos, marquesa y marqués de Aycinena, subsecretario de Estado, señor Espinosa de los Monteros; duque de Tetuán, conde de Velle, señorita de Bertrán de

Lis, señor y señora de Pérez Caballero, marqués de Torres de Mendoza, conde de Llovera, marqués y marqués de Comillas, señor Piña antiguo embajador, el coronel del regimiento de Saboya, marqués de Villaurrutia, señor Creus, marqués y marquesa de Someruelos y algunos más.

Después de la comida se repartieron entre los comensales, siguiendo la costumbre italiana, bomboneras y otros objetos artísticos con los retratos de los Reyes Víctor Manuel y Elena.

A la recepción, celebrada inmediatamente en el gran salón de la Embajada, concurrieron muchas aristocráticas personas, que, en su mayoría, se hicieron presentar a los Reyes de Italia. Todas ellas hicieron luego grandes elogios de su sencillez y amabilidad.

Terminada la recepción—era aún temprano—los Reyes de los dos países se retiraron; pero no por eso decayó la animación de la fiesta, porque la gente joven comenzó entonces a bailar, no cesando hasta hora avanzada.

En esta fiesta hicieron su presentación en Sociedad la segunda de las hijas de los condes de Lascoiti, bella como su hermana, y las encantadoras hijas de la marquesa de Montemira, Ana María y Concha Sanchiz.

Los marqueses Paulucci di Calboli fueron muy felicitados por la brillantez de la fiesta.

La celebrada a la noche siguiente en el Palacio de Liria fué en todo digna de los ilustres duques de Alba.

No pudo la duquesa,—por hallarse en cama, indispuesta,—concurrir personalmente a ella, pero supo cuidar desde sus habitaciones de que no faltara el menor detalle y tuvo la satisfacción, cuando ya mediaba el baile, de que la propia Reina Elena, en unión de nuestra Soberana, fuera a su alcoba, para expresarle su reconocimiento por la espléndida fiesta y su interés por su estado de salud.

Los Reyes de Italia y España habían sido recibidos en el Palacio ducal por el duque de Alba, acompañado de su hermana la duquesa de Santoña y de sus parientes y deudos el duque de Santoña, el de Medinaceli, el del Arco y el marqués de Velada.

Pronto avanzó por la gran escalera el regio cortejo, precedido por dos criados portadores de candelabros.

En primer término, la Reina Elena, del brazo del duque de Alba. Vestía elegante traje color pensamiento y ceñía magnífica corona de perlas y brillantes, hermosa joya sin duda vinculada en la casa de Saboya. Espléndido collar de brillantes completaba el adorno.

Detrás, del brazo del duque de Medinaceli, la Reina Doña Victoria, cuya belleza surgía de un vestido de tisú de plata «diamanté». Se alhajaba con aderezo de brillantes y aguas marinas.

Los Reyes Víctor Manuel y Alfonso iban de frac. El primero ofreció su brazo a la duquesa de Santoña.

Les sucedían los Príncipes de Piemonte y de Asturias, y las demás personas reales, que habían llegado al palacio minutos antes que Sus Majestades: la Infanta Doña Isabel, con traje de tisú de oro y una verdadera cascada de perlas; la Duquesa de Talavera, de gris perla y alhajas de brillantes y los Infantes Don Alfonso de Borbón y Don Fernando.

Al través de los salones del piso principal llegaron al de baile. Pronto comenzó este a los acordes de la orquesta Boldi, inaugurándolo la Reina con el Príncipe de Piemonte y el Rey con la señorita de Novallas.

La Reina Elena y el Rey Víctor Manuel no bailaron. Durante buen rato conversaron animadamente con varias personas.

Pronto la gente se esparció por los salones, admirando las obras de arte que en ellos se conservan. Muchas personas, por las varias puertas del Palacio prefirieron salir al jardín. En la noche apacible, bajo un cielo tachonado de estrellas, ofrecía el jardín un sugestivo encanto.

En una de sus grandes calles se había puesto una lona y en ella se prolongó el baile del salón, acompañado aquí por la «jazz-band» Padureano.

Los Reyes de Italia recorrieron el Palacio,

con el Duque de Alba, y luego, en una de las estancias, presenciaron un espectáculo pintoresco.

Chacón, «La niña de los peines» y otros «maestros» del género flamenco, cantaron coplas con su peculiar estilo. Polos, granadinas y caracoles llenaron, por un rato, aquel ambiente de elegancia y distinción con las quejas de sus cantares, dando una nota de sabor popular.

Durante toda la noche hubo establecido un espléndido *buffet* y cerca de las dos de la madrugada se sirvió magnífica cena.

La lista de personas aristocráticas concurrentes a la inolvidable fiesta sería interminable.

Entre otras damas,—todas elegantísimas, luciendo espléndidas joyas,—figuraban: la Princesa de Erbach; duquesas de Medinaceli, Montellano, Sotomayor, Santa Cristina, Hernani, Santa Elena, Plasencia, Abrantes, Lerma, Algeciras, Bivona, Unión de Cuba, Sevilla, Pinohermoso, Hornachuelos, Victoria, Vista Hermosa y Dúrcal.

Marquesas de Comillas, Amboage, Benicarló, Aldama, Aymerich, Menas Albas, Aycinena, Urquijo, Martorell, Santa Cruz, Velada, Viana, Rincón de San Ildefonso, Guad-el-Jelú, Bolárque, Sancha, Aguila Real, Almenara, Aranda, Arriluce de Ibarra, Balboa, Bondad Real, Borghetto, Castromonte, Montemira, Hoyos, Moveñán, Casa-Pontejos, Valdeiglesias, Valderrey, Vadillo, Pozo Rubio, Rafal, Ribera, Salamanca, Santa Cristina, San Miguel, Torneros, Torralba, Torre-Hermosa, Figueroa, Villadarias, Atarfe, Calzada, Cortina, Cavalcanti, Riscal, Salinas, Villamanrique, Torrelaguna, San Juan de Buenavista, Llano de San Javier, Mont Roig, Villatoya, Villasinda, que hacía la presentación de su bella hija, y Triano;

Condesas de Paredes de Nava, Arenales, Casal, Finat, Viñaza, Florida Blanca, Fontanar, Orgaz, Guimera, Heredia-Spinola, Lizarraga, O'Brien, Buena Esperanza, Montefuerte, Eril, San Luis, San Martín de Hoyos, Torre de Cela, Vilana, Armildez de Toledo, Bugallá, Vallellano, Aybar, Arcentales, Biandrina, Torrejón, Real Aprecio, Villamediana, Salinas, Yebes, Villagonzalo y Villapadierna;

Vizcondesas de Eza, Fefiñanes, Torre Almiranta y Peña Parda;

Señoras y señoritas de Falcó y Alvarez de Toledo, Vilallonga, Borchgrave, Muguero (don Miguel Angel), Santos Suárez (don José), Béistegui, Pérez Caballero, Martínez de Irujo, Casal, Areces, Escandón, Borbón, Camarasa, Vega, López Dóriga, Heredia Spinola, Cayo del Rey, Rodríguez de Rivas, Alvarez Calderón, Falcó y Escandón, Garay, Amezuía, Ozores, Morenes, Ibarra, San Millán, Bascaran, García Loygorri, Cárdenas, Escrivá de Romani, Alcalá Galiano, Castellanos, Fernández de Henestrosa, Ruiz de Arana, Cierva, Pérez Caballero, Creus, Escobar y Kirkpatrick, Chapa, Pidal, López-Dóriga (don Juan y don Francisco), Elio, Olivares, Figueras, Perales, Figueroa, Gómez Barzanallana, Cejuela, González de Castejón, Heredia, Xifré, Icaza, Laiglesia, Muns, Muguero, viuda de Muguero e hija, Maura, viuda de Mayans, Mora, Núñez de Prado, Olaso, Parladé, Pelizaeus, Villaverde, Poveda, Scláfani, López-Roberts, Travesedo, Urquijo, Carvajal y Colón, Agrela (don Mariano), Collantes, Alonso Gaviria, De Benito, Muñoz y Roca Tallada, Crespi de Valldaura, Lizarriturry (don Román), Moreno Carbonero (don José), Miláns del Bosch, Urquijo (don Juan Manuel), Julián de Urries y López Roberts, Cavestany, Ramírez de Haro y Chacón, Gómez Uña, Landecheo y Allendesalazar, Landecheo (don José), Comyn, Avial (don Alejandro), Miláns del Bosch (don Jaime y don Javier), Finat, Bertrán de Lis, Méndez de Vigo y Bernaldo de Quirós, Bertrán y Güell, Fernández Alcalde, viudas de Cabanillas y Manella, Canillejas, Silva y Mitjans, Alcázar y Mitjans, Casero y Goicoerrotea, Argüelles, Bañer (don Ignacio), Prado Ameno y tantas más.

El cuerpo diplomático extranjero estaba integrado. También concurrieron muchos políticos, literatos y artistas y otras significadas personas.

Fué, en suma, una fiesta memorable.

LA VIDA MADRILEÑA

Bautizo del Príncipe Alfonso de Hohenlohe.

A PADRINADO por los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria se ha celebrado en Palacio el bautizo del hijo recién nacido de los Príncipes Max de Hohenlohe Langenburg.

Desde el palacio de los duques de Parcent al Regio Alcázar, fué trasladado el recién nacido, en brazos de su ama, en un coche de los llamados de «París». Le acompañaban sus abuelos los Príncipes Godofredo, quienes, en unión de los duques de Parcent, subieron a las regias habitaciones.

En la Cámara Real se había dispuesto la pila de Santo Demingo de Guxmán, y al lado de ésta el altar llamado de Carlos III, sobre el cual estaban los candelabros de plata dorada. Rodeando el altar, todo el clero palatino, con el Patriarca de las Indias y el obispo de Madrid-Alcalá.

A la entrada de la Cámara, la Princesa Godofredo entregó el niño a la augusta madrina, que le llevó en brazos hasta la pila, yendo al lado del Rey. Su Majestad vestía uniforme de almirante, y la Reina traje de color *beige*, con mantilla negra, como todas las demás señoras que asistieran a la ceremonia, entre ellas la duquesa de Parcent, que llevaba vestido *mordoré* y se adornaba con magníficas perlas. La Princesa Godofredo iba de gris.

Con el ceremonial de costumbre en estos casos, el Patriarca de las Indias impuso al neófito el Santo Sacramento, con los nombres de Alfonso Maximiliano. Asistió al Patriarca el Prelado, doctor Eijo.

A la ceremonia asistió escogida concurrencia.

Con el séquito palatino, compuesto por la duquesa de San Carlos, los marqueses de la Torrecilla, Viana y Bendaña, la dama de la Reina y el Grande de guardia, que eran la marquesa de Hoyos y el marqués de la Guardia; el oficial mayor de Alabarderos, señor Orozco, y el ayudante del Rey, se hallaban entre otras personas: Princesa y Príncipe de Erbach, duquesa y duque de Medinaceli, marquesa y marqués de Santa Cruz, condesa y conde del Valle de San Juan, señores de Béistegui, señorita de Heredia y señora viuda de Herrera Moll.

También estaba la Princesa María Francisca, hermana del nuevo cristiano, y Sus Majestades habían tenido la delicada atención de permitir que con ella fueran las niñas que son sus amiguitas y compañeras de juego, o sean las dos hijas de los duques de Medinaceli y los hijos de los marqueses de Santa Cruz.

Terminada la ceremonia, la Reina entregó al Príncipe de Hohenlohe, como presente para su esposa, una preciosa pulsera de ónix, coral y brillantes, y para el neófito una medalla.

En la residencia de los Príncipes se celebró aquella tarde una brillante recepción.

La duquesa de Parcent regaló a su hija dos hermosas perlas para que las una a su collar, y la Princesa Godofredo una medalla, con corona de brillantes. El Príncipe Max hizo a su esposa otro valioso presente.

Con motivo de este fausto suceso, los Príncipes de Hohenlohe obsequiaron a sus amistades con unas elegantes cajas de la aristocrática confitería «La Duquesita», llena de *dragées*.

Sobre el blanco raso que cubre la caja, campea, estampado en oro, el escudo de Hohenlohe, con el Sol y los dos leones rampantes, surmontado por la corona, con el Mundo y la Cruz.

Fiesta en la Embajada de Inglaterra.

En la Embajada de la Gran Bretaña se ha celebrado una de las últimas noches una elegante fiesta en honor de los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria; fiesta que tuvo, por su distinción y buen tono, el carácter tradicional de aquella casa. En el breve tiempo que llevan en Madrid han conseguido sir Horace y Lady Rumbold y su encantadora hija, conquistar el afecto y la simpatía de la sociedad madrileña y del Cuerpo diplomático acreditado en esta Corte.

A la fiesta que aludimos precedió una comida. A la mesa se sentaron, con los Reyes, los

Embajadores y miss Rumbold, la duquesa de San Carlos, presidente del Directorio, marqués y marquesa de Viana y duque de Fernán Núñez, Princesa y Príncipe de Erbach, marquesa y marqués de Santa Cruz, duquesa de Dúrcal, condesa y conde de Cuevas de Vera, señores de Santos Suárez (don José), duque de Berwick y de Alba; Príncipe Max de Hohenlohe, Mr. y Mrs. Gurney, general y Mrs. Clive, condes de Velle y de la Cimera y capitán Charles.

Después de la comida comenzaron a llegar a la Embajada las personas invitadas para la recepción, siendo de las primeras la Infanta Doña Isabel y la duquesa de Talavera.

En seguida la Reina inauguró el baile a los acordes de la orquesta Boldi. Vestía la Soberana elegante traje de tisú de color hortensia, con originales bordados de plata. Sobre la frente, una cinta de esmeraldas y brillantes.

La Infanta Doña Isabel, traje *clair de lune* y brillantes. La duquesa de Talavera, de azul con adornos de plata.

La embajadora llevaba precioso traje de lama, morado, adornándose con brillantes.

También asistían, entre otras ilustres damas, las: duquesas de Fernán Núñez, Sotomayor, Unión de Cuba, Victoria, Plasencia, Hernani y Algeciras; marquesas de Bendaña, Arriluce de Ibarra, Santa Cruz, Urquijo, Aranda, Casatorres, Riscal, Villabragima, Torre Hermosa, Martorell, Hoyos, Santa Cristina, Rafal, San Miguel, Aycinena y Salamanca; condesas de Heredia Spinola, Castrillo y Orgaz, Buena Esperanza, Yebes y Salinas; vizcondesas de Eza y Peña Parda; baronesa de Meyendorf y señoras y señoritas de Bauer (don Ignacio), Mora (don Gonzalo), Alcalá Galiano, Areces, Muguiro (don Ignacio), Olivares, Creus (don Gonzalo), Scláfani, Miláns del Bosch, Escobar y Kirkpatrick, Landecho, Tovar, Falcó y Alvarez de Toledo, Montellano, Urquijo, Arriluce, Arcos y Pérez del Pulgar, Tación, Martínez de Irujo, Ozores, Bendaña, Eza, Santa Cristina, Castro Feijóo, Mengotti, Achaval, Garcia Loygorri, Borchgrave, Ibarra, Nash, Martos y Zabalburu, Mora y Maura, Scláfani, Comyn, Crecente, Lécera, López-Roberts, Fernández Villaverde y Alonso Gaviña, más algunas muchachas que se hallaban de paso en Madrid, tales como las señoritas de Iturregui, Iturbe, Bosch y Labrús, sobrina de la duquesa de Dúrcal; «Bijou» Vilallonga, Langa y González Gorbena.

Del Cuerpo diplomático, el embajador de Alemania y la baronesa Langwerth; el de Francia, el de Bélgica y la baronesa Borchgrave; el de los Estados Unidos y su sobrina, Mrs. Martín; el ministro del Brasil, y la elegante señora de Lima e Silva, el de Portugal y señora de Mello Barreto; el de los Países Bajos, señor Melvill; el de Suiza y señora de Mengotti; el de Checoslovaquia y señora de Kobr; el de China y señora de Liou; el de Noruega y señora de Lie; el de Suecia y señora de Bostrom; el de Uruguay y señora de Fernández Medina; y los del Japón, Dinamarca y otras naciones, además del encargado de negocios de Polonia y la bella señora Jelenska, y buen número de secretarios.

En el jardín, iluminado con farolillos de colores, tuvo una continuación el baile.

Poco después de la una se sirvió a los Reyes la cena, y luego a los demás invitados.

OFRENDA

La noche ha esfumado
la linda floresta...
Gimen los violines
en la maga fiesta,
añorando brujos
divinos amores,
música de Grieg,
que mana dulzura
y aviva la fiebre,
que entre la espesura
del bosque, aqueja
a los ruiseñores.

En el cielo hay gemas
de Amor, irisadas;
juegan en los aires
Quimeras aladas,
desgranando estrofas
de poemas galantes,
y Diana atisba
cómo sus amores
de égloga de ensueño
dícense las flores
con sus aromados
besos delirantes.

Gimen los violines
en la maga fiesta;
enervante hálito
brota en la floresta
do la savia hierve
ébria de pasión.

Y es en esta noche,
para amar nacida,
cuando mi alma ofrenda
ante tí rendida
la fragante rosa
de mi corazón.

BROLY TALON.

LA VILLA MOURISCOT

CASA BALDUQUE

Bombones selectos—Marrons
Glaces—Caramelos finos.

Cajas para Bodas
SALON DE TE

Serrano, 28



LA FIESTA DEL CORPUS

*Campanas de Bartabales,
cuando os oyo sonar
mórrome de soledades...*

cantó en el pasado siglo, añorando las campanas de su pueblo, el poeta gallego Eduardo Pondal.

¡Campanas de la Catedral de Oviedo!..., cuando os oigo sonar, lejos de la Ciudad levítica de los Obispos, también yo, como aquel romántico poeta,

mórrome de soledades.

Y, singularmente, cuando las oigo sonar, con reposados sonos religiosos, con armonías angélicas, en la hermosa procesión del *Corpus*. ¡Si yo supiera decir de esas campanas, sonando dulcemente—célicamente, iba a escribir,—en esa fiesta, lo que Schiller dijo en sus versos, inmortales, a la Campana; o lo que de las campanas dice Francis James, en su bello libro *De l'Angelus de l'aube, a l'Angelus du soir!*

*¡Ah, campanas sonoras
las de mi pueblo!
¡Qué música la suya,
cual de salterio!
E incomparable, cuando
todas a vuelo,
cae sobre la vieja
ciudad de Oviedo...*

Así cantó en la *Torre enferma*, con acentos tiernísimos, aquél a quien yo quise mucho, y que acaba de irse de la tierra; mi maestro, mi amigo, mi guía, en mis primeros escarceos literarios, el ilustre e inolvidable Catedrático, Senador y Académico, y publicista egregio, Fermín Canella y Secades, el *último astur*, podría decir muy bien, sino viviera otro, a Dios gracias, y en la Ciudad norteña; otro, ¡muy de mí!, de mi propia carne y de mi sangre...

¡La fiesta del *Corpus*, provinciana, que llega siempre trayendo magos esplendores a los cielos, poesía a la tierra, alegría a las almas, aún a las más tristes, al paso de *El* por entre los hijos de los hombres, en la cándida hostia, manjar celeste, *panis angelicus*, que produce en cuanto a la vida del espíritu, dirá el gran Santo Tomás de Aquino, el cantor sublime de la eucaristía, el poeta de ella, (*Summ. Theol.*; III, 79, 1.), «los mismos efectos que el manjar corporal produce en cuanto a la vida del cuerpo; es a saber, sustentar, dar incremento, y reparar y deleitar!»

¡*Mysterium fidei!*., Misterio de fe, es este misterio de un Dios transubstanciado, que en la fiesta del *Corpus* pasa, una vez más, bendiciente, amoroso, pacífico, junto a nosotros. ¡Misterio de fe!., que nos obliga a elevarnos, en espíritu y en verdad, sobre todo lo de la baja tierra... Pero, ¿lo que se eleva, cual religioso incienso, hacia los altos cielos, es, acaso, menos comprensible que lo que se arrastra sobre la superficie del planeta? ¿Quién, quién ha podido limitar nunca los anhelos, las intuiciones, las clarividencias del amor, a lo puramente sensible? «No es verdad—decía un insigne lírico francés, a mediados de la centuria última,—que el mundo visible implica y supone, necesariamente, el mundo invisible; y que la existencia de éste no es menos cierta que la de aquél, por más que uno de ellos no pueda ser percibido por los sentidos, porque sólo está al alcance del sentido de los sentidos», es decir, del intelecto, y de esotro sentido, acaso más excelso, que tiene razones que la razón no conoce ni comprende a veces, el sentido del corazón? Podrán cegar

mis ojos corporales; pero imposible, de todo en todo, que ciegue, ni por un solo instante, mi evidencia interior...

Y de esa hostia inmaculada, que pasea entre nosotros, el día del *Corpus*, sale una voz—¡sin igual voz!—, que jamás se agrió ni se irritó, con temblores de cólera, sino en presencia de los fariseos hipócritas, de los sepulcros blanqueados, y de los protervos mercaderes que trocaban en lugar de tráfico la Casa de *El*. «Una voz, que la humanidad escucha arrodillada desde hace veinte siglos», dirá Lamartine; una voz que se oye con religioso recogimiento, y a la que no se responde sino con lágrimas en los ojos, y con la frente inclinada hacia el suelo, en signo de la adoración muda del alma; una voz, «contra la cual la menor murmuración es una impiedad, y la más leve protesta, una blasfemia»...

La voz—¡divina voz!—, que resucitó un día, del fondo del sepulcro, en el Castillo de Bethania, a Lázaro, que dormía; y puso lumbre, misericordiosamente, en las puertas de Jericó—la Ciudad de las rosas bíblicas—, en la pupila del cieguecillo Bartimeo; y resonó, cual un eco célico, en casa de Simón el fariseo, sobre las ignominias, ¡incontables!, de María Magdalena; y volvió a la vida al hijo único de la viuda de Nain, y a la hijita del príncipe de la Sinagoga, Jairo, Talita, ¡kumi!; y prometió a Dimas el Paraíso, en la hora de la consumación universal; y legitimó y espiritualizó todas las nobles alegrías de la vida, ¡tan parca de ellos!; y santificó y glorificó, inefablemente, ¡el dolor bueno...

¡Fiesta del *Corpus!*..., fiesta del siglo XIII, instituida por el Papa Urbano IV, a poder de las revelaciones de la vidente Juliana de Lieja, y de los requerimientos ardorosos de la reclusa Eva... La fiesta por excelencia de ese siglo, profundamente teológico, como Guizot le llama;

NUEVO ACADÉMICO

La Real Academia de la Historia ha tenido el acierto de acoger en su seno al ilustrísimo señor don José de Melgar Abreu Quintano y Alvarez de las Asturias Bohorques, marqués de San Andrés de Parma y de Mirallo y caballero de la Real Maestranza de Ronda.

Este joven e ilustre prócer, educado desde su infancia en el amor a las artes y a la historia por su hermano el sabio y erudito académico marqués de San Juan de Piedras Albas, unido a su talento y portentosa laboriosidad, va logrando rápidamente el lugar que en el campo del saber le corresponde.

Prueba patente de ello es su último trabajo sobre la ciudad de Avila, de la que se le puede considerar hijo. Nos referimos a su libro titulado *Avila y sus Monumentos*, en el que revela el joven académico sus inagotables conocimientos artísticos e históricos al estudiar la hermosa ciudad castellana, de la que hace una verdadera labor crítica, siendo por ello un valiosísimo documento que viene a demostrar que la austera ciudad fué la cuna de la nobleza de Castilla durante toda la Edad Media.

Reciba la Real Academia de la Historia nuestra enhorabuena por su acierto al hacer justicia a los méritos del ilustre prócer e insigne historiador abulense, del que se ha dicho que es el primer historiador de la noble ciudad, desde Ayora hasta nuestros días.

También felicitamos al joven marqués de Mirallo por su laboriosidad y talento.

el siglo que contempló la dominación de San Luis, el apostolado del *Fratello d'Assisi*, el predominio de la *Escolástica*, las hazañas de los últimos Cruzados; el siglo que inspiró las pinturas de los *primitivos*, italianos; las visiones de la *Divina Comedia*, el Código alfonsino de las Partidas, los *Etablissements* de San Luis de Francia, el Derecho cristiano caballeresco de las *Assises*, las estrofas amenazadoras del *Dies irae*, y las tristes estrofas del *Stabat Mater*; el *Parcival* y el *Titurel*, de Wolfranc de Eschembach, la *Canzone*, de Guido Cavalcanti, el *Tristán*, de Godofredo de Estrasburgo, los romanceros, y los cantos de los *Minnesingers*; el *Oficio del Sacramento*, el *Miroir de Sajonia*, y el *Miroir de Suabia*; el sublime siglo que levantó, cual un dulce símbolo de las aspiraciones y de los ensueños de aquella época, espiritualista, el *Campanile* de Florencia, la *Santa Capilla*, las Catedrales de Colonia, de Estrasburgo, de Toledo, de Burgos...

Es menester haber vivido, como quien esto escribe, y haber pasado los más bellos e inolvidables años de la vida, en una de las más preclaras ciudades románticas del solar patrio, para poder sentir toda la poesía augustísima de esa fiesta...

Todo apercibido está, para ella... «No bien anuncia la aurora la fiesta del Rey del mundo, cúbrense las casas de ricos tapices— escribe Chateaubriand en el *Genio del Cristianismo*—, siémbrense las calles de flores, y el gozoso clamor de las campanas llama al templo a innumerable multitud de fieles... Dada la señal, conmuevese todo, y empieza a desfilar la religiosa procesión. ¿A dónde va ese Dios formidable, cuya majestad proclaman, a una, todas las potestades de la tierra? Va a reposar bajo las tiendas de lino; y los arcos de ramaje, que le ofrecen, como en los días de la Antigua Alianza, templos inocentes, y retiros campestres... Los humildes de corazón, los pobres y los niños le preceden; los jueces, los guerreros, los potentados, le siguen. Y así *El* camina, entre la sencillez y la grandeza...»

Entonces, cuando yo veía desde los balcones de mi Casa, con todos los del nido, en la Ciudad triste, la procesión del *Corpus*, o hincado de rodillas sobre los guijos de la vieja plazuela catedralicia, le pedía a *El*, que los que eran de mí me vivieran mucho, al lado mío...

El humilde ruego de aquel niño, y de aquel adolescente, no fué oído. ¡No convendría así! Cuando ahora veo esa procesión, en Toledo, en Sevilla, en Segovia—en cualquiera de mis queridas ciudades románticas!—, o aquí en la Corte, yo le ruego al *Emanuel* divino, que se apiade del mundo, «vuelto a un paganismo más nefasto que el de los días antiguos», como Weiss dijo; y que traiga un rayillo de sol, y una ráfaga de consuelo, a las almas tristes, torturadas por santos e inmerecidos infortunios... ¡Y en orden a mi propio destino sobre la tierra, le pido solamente que me lleve de ella, antes que ninguno de los míos, ¡tan tiernamente amados!, se me vaya.

Y que,

*quando Corpus morietur,
fac ut anime donetur
Paradisi Gloria...*

como pidió, también, para sí, el doliente poeta del *Stabat Mater*, Jacopone de Todí.

Junio, 1924.

ADOLFO DE SANDOVAL.

EL TRIUNFO DE DOS ARTISTAS ESPAÑOLES

Dos notables artistas españoles, el escultor Sr. Coullaut Valera y el arquitecto señor Muguruza, han obtenido un legítimo triunfo al ser premiados en el gran concurso internacional celebrado en Montevideo para elevar un monumento a D. Bruno Mauricio Zabala, fundador de aquella ciudad.

La victoria, que honra a España, ha sido merecidísima, pues el monumento es un completo acierto. De estilo barroco español y de gran primor de ejecución, puede ser considerado como una notable concepción artística.

Corona el monumento una estatua ecuestre de D. Bruno Zabala, en bronce, de cuatro metros y 40 centímetros de altura. Aparece éste revestido de armadura, con la faja de general en la cintura y el bastón de mariscal en la mano izquierda. Tanto la indumentaria como los arreos y pormenores están minuciosamente estudiados sobre cuadros de la época, entre ellos dos retratos de Felipe V, uno existente en Riofrio, y el otro, de Ranc, en el Museo del Prado.

El fuste del monumento está decorado con dos bajorrelieves de mármol blanco: uno representa la entrada de Zabala, con sus tropas en la península montevideana, el 20 de enero de 1724; otro, el acto de establecer Zabala, en persona, el Cabildo secular de Montevideo, hecho acaecido en enero de 1730.

Debajo de esos dos relieves van dos grandes grupos de bronce, de cuatro metros por 2,25, simbolizando el esfuerzo y las virtudes con que los hijos de Montevideo convirtieron en menos de dos siglos la aldea primitiva en la magnífica ciudad contemporánea. Al pie de cada uno de esos dos grupos brota una fuente.

En el frente del monumento, sobre el escudo de Montevideo, se yergue la

Victoria de la Abundancia. A la espalda figura el escudo de D. Bruno Zabala, copia exacta del de la casa solariega de los Zabalas, en Durango.

Con esto queda dicho que Zabala era

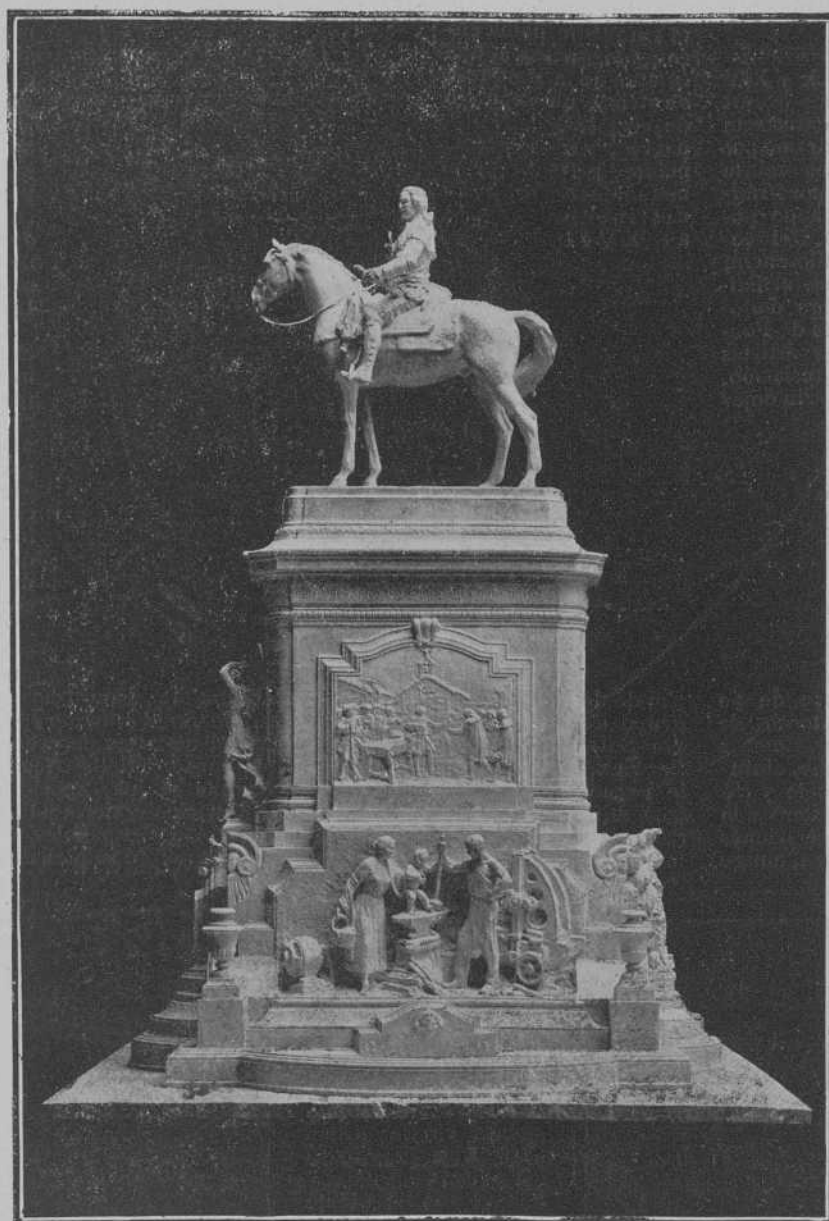
de origen español. En efecto, el ilustre fundador de Montevideo era vasco de sangre y de nacimiento, como hijo de Durango; noble de estirpe, como descendiente de D. Lope de Zabala y entroncado con los Ibáñez, los Cortázar, los Churrucas y los Olmos; guerrero de profesión y político de aptitudes, a los veinte años se batía en Flandes, a las órdenes del marqués de Bedmar; dos años después en Portugal, y después en el asedio de Gibraltar. A los veinticuatro, caía prisionero en la toma de Alcántara. A los veinticinco, ya capitán a las órdenes de los duques de Orleans y de Berwick, embestía la plaza de Lérida, donde perdió el antebrazo derecho; antebrazo y mano fueron sustituidos por otros de plata, que Zabala llevó en adelante en cabestrillo. Tres años después, en 20 de enero de 1710, a las órdenes del Rey Felipe, Zabala se batía de nuevo, caía herido y era hecho prisionero en la batalla de Zaragoza.

El 11 de julio de 1717, este hombre de guerra que ciertamente no había escatimado a la Patria ni su esfuerzo ni su sangre, nombrado gobernador del Río de la Plata, entraba en Buenos Aires, capital del territorio de su mando. Tenía treinta y cinco años

y era mariscal de campo.

Tiempo después los portugueses desembarcaron en la península de Montevideo y se fortificaron en ella. Zabala improvisó una flotilla, se puso en caza de los portugueses, atacados también por tierra, y logró que aquellos abandonaran su posición.

El día 20 de enero del año 1724 entraban D. Bruno Mauricio Zabala y sus tropas en aquella península; planeó un fuerte, hizo construir unas bien preparadas defensas, y así quedó fundada la hermosa ciudad del Plata, capital del Uruguay.



Proyecto de monumento a Don Bruno Zabala, fundador de Montevideo. Obra original de los Sres. Coullaut Valera y Muguruza.

OTRO JUEVES QUE RELUMBRA MAS QUE EL SOL

¡Es el día del Señor, la dulce fiesta cristiana!
La fiesta del siglo trece, fiesta de la eucaristía...
¡Qué excelsos sus esplendores! ¡Qué pura su poesía!
¡Si yo supiera cantar su belleza soberana!
¡La procesión en provincias, en esta hermosa mañana!
La Catedral, deslumbrante... La maga policromía
del religioso cortejo... La solemne salmodía...
¡Cuál, los clarines resuenan! ¡Cuál toca la gran campana!
El cielo de azul sin sombra; y el sol ardiente, irisando
las vestes de los levitas, suntuosas, y alegrando
el escenario sublime, de idealidad y emoción...
Tapices en los balcones... Fragantes rosas y flores
sobre la Custodia aurea, donde va el Amor de amores,
a cuyo paso, de hinojos, se rinde mi corazón.

A. de S.

Junio, 1924.

EL DUQUE DE ALBA, ACADÉMICO DE BELLAS ARTES

SEGÚN oportunamente anunciamos, se celebró en la Real Academia de Bellas Artes la recepción del ilustre duque de Berwick y de Alba, quien pronunció un notable discurso, que fué contestado por el Director de la Corporación, conde de Romanones.

Del discurso del duque, muy interesante todo él, porque evidencia la constante protección prestada por los Alba a las Bellas Artes, entresacamos algunos párrafos, que se refieren al XIV duque, que consagró su fortuna al arte y a favorecer a los artistas.

Dicen así:
«He aludido al VI Duque de Berwick y XIV de Alba, Don Carlos Miguel Fitz-James Stuart y Stolberg. Su mayor elogio como entusiasta de las Bellas Artes está hecho con decir que por ellas arruinó su casa. Cumplidos los veinte años, en 1814, emprendió sus viajes por Francia, Italia y Alemania hasta 1823, tomando posesión en 1816 de su Estado de Módice. Detuvo-se más tiempo en Roma, Nápoles y Florencia, enteramente dominado por sus aficiones artísticas. En compañía de su agente y amigo dudoso D. Angel Benito Poublon, Marqués de Fontanar, frecuentaba los estudios de los artistas nacionales y extranjeros, con tal entusiasmo, que puede decirse no salía de ninguno sin dejar encargadas algunas obras, tasadas por él en altos precios.

Allí trató al círculo de artistas alemanes, acogidos por el Cónsul de su nación Bertaldi, Schadow, Catel y Overbeck (Cornelius y Veit se hallaban a la sazón en Alemania).

Overbeck, el caudillo de los nazarenos, era de tal timidez que, según don Carlos Miguel escribe, enrojecía cuando él le hablaba; pero, en cambio, desafiaba con sus compañeros el gusto dominante, imponiendo, con el apoyo de su admirador Canova, la pureza de contornos de la escuela rafaelesca, y andando por Roma a lo Rafael, con pantalón largo y estrecho, cinturón de terciopelo negro sobre ferruero y cabellos lacios, compartidos y cortos. Pero con quien el Duque tuvo más estrechas relaciones fué con el célebre escultor José Alvarez, amigo

de Thorwaldsen y de Canova, tan hábil en su arte como rudo y ceirado andaluz en la redacción de sus cartas al Duque, lo que no le impedía filosofar a ratos, citando, por ejemplo, al Príncipe Poniatowsky cuando decía que «sus observaciones políticas jamás traspasaron los Pirineos, porque todo calculador se perdía al indagar las causas de lo que en España se hacía, ni qué bien reportaba al Estado».

Ya en junio de 1817 el Duque le había encargado en Roma una estatua de la Marquesa de Ariza, un sepulcro de esta señora, su madre, primeramente destinado al XVII



Estatua de la marquesa de Ariza.

Conde de Módice. D. Bernardo de Cabrera; el grupo de *Venus y Cupido*, después terminado por Solá y la estatua colosal del Mariscal de Berwick, tasado todo en 13.700 duros. Más tarde le encargó un busto de la misma Marquesa (300 duros); otro de la Duquesa de Berwick (250); otro de Rossini (300), y una chimenea de mármoles y bronce por varios artistas (380). Total, 14.830 duros.

Algunas de estas obras habían servido de gran satisfacción a Alvarez. En su carta al Duque de 14 de junio de 1819 le cuenta la visita a su estudio del Príncipe de Metternich, muy inteligente en ellas Artes, que, apenas vió la última obra suya, le propuso colocarla, en Viena, y que al día siguiente llevó al Emperador con todos los Grandes de la Corte, el cual elogió repetidas veces aquella obra, diciendo que «salía de línea de cuanto había visto moderno, y que era de interés de un Príncipe de buen gusto el conservarla». Pero también vió *Su Majestad* escribe Alvarez— la estatua de mamá, pero no la conocía que de nombre, y por señora de buen gusto, y al saber que el Duque quería que se vaciara en bronce la estatua del Mariscal, le recomendó a los fundidores de Viena como los más hábiles de Europa.

Mas no se crea que este afán de adquisi-

ción de obras de arte obedecía a un sentimiento egoísta. Eran más nobles sus propósitos.

En Noviembre de 1821 tenía pensionados en Roma a varios jóvenes pintores, escultores o grabadores, como el valenciano Cuevas, discípulo de Ingres; G. Alcalde, valenciano también y grabador; Rubio, Zanetti, los grabadores Esteve y Esquivel de Sotomayor, al que, habiendo empezado a grabar en 1818 la lápida de la *Madonna dell' Impannata*, por Rafael, tuvo el Duque que prorrogar la pensión hasta 1821 para que la concluyera. Finalmente, Solá (que en 1827 trabajaba en el grupo de *Dauid y Velarde* tenía ya en 1818 terminada la estatua de *Meleagro* para el Duque, en 18.000 reales, y el grupo de *Venus y el Amor*, y estaba encargado por Alvarez de terminar el busto de la Marquesa de Ariza y su sepulcro, éste mediante oferta, no cumplida por parte del maestro, de 600 duros mensuales. El *Meleagro*, la *Venus* y más de un busto de la Marquesa son hoy ornamento del Palacio de Liria.

Con aquel plantel de artistas quería el Duque formar en Roma una Academia, cuya dirección confiaba a Alvarez, «para proteger, decía, a sus conciudadanos que desearan perfeccionarse en el estudio de las Bellas Artes», pagándoles pensión mensual y exigiéndoles, en iguales plazos, presentación de sus trabajos al Director, que los enviaría al Duque con propuestas de premio anual al más aventajado y de pérdida de pensión a los de mala conducta.

Como complemento de esta idea, solicitó del Gobierno cinco años después, y el Rey se lo concedió, permiso para traer a Madrid sin abrirlos en Alicante (aunque pagando en la Corte sus correspondientes derechos) más de 70 cajones de objetos de Bellas Artes, adquiridos en sus viajes por Europa, «pues se proponía formar con ellos una galería pública en la Corte para que los artistas españoles y aficionados dedicados al estudio de aquellas pudiesen adelantar sus conoci-



Busto en mármol del duque don Carlos Miguel.



Busto de Rossini, por el escultor don José Alvarez.

tos a la vista de buenos modelos que imitar. ¡Gran pensamiento, de positivo y ventajoso fruto para el Arte, si hubiera llegado a realizarse!

Porque los cuadros, esculturas originales y copias de las de antigüedad clásica, vasos italo-griegos y etruscos, estampas y otras obras de arte reunidas por el Duque y confiadas a varias personas de Italia y Francia, alcanzaban un valor de dos millones de reales, y el Duque apremiaba para que se recogieran y trajeran a Madrid en cuanto lo permitieran las circunstancias de su casa.

Pero éstas no podían ser más afflictivas, a pesar de tener el Duque créditos de sesenta millones contra el Estado por Juros, Indios vacos del Perú, Cancillería de Indias, etcétera. El apoderado Silva no podía vender fincas por falta de compradores, pues las Casas de Altamira, Oñate, Pontejos, etcétera, vendían las mejores suyas por lo que querían ofrecerles. El Gobierno, agonizante en Cádiz, (1823), secuestraba las rentas a todos los Grandes que felicitaron a Angulema, y al Duque, las Administraciones de Coria y la Abadía, y las tropas francesas se le llevaban las rentas en la requisita. En Sicilia se debían en 1825 dos millones de francos, y amenazaba el embargo judicial de aquellos bienes. Las deudas de España superaban aquella suma.

Clamaban los Apoderados porque se limitasen los gastos, pues las rentas no cubrían la tercera parte de éstos, y decían que era una falsa grandeza la que ostentaban aquellos Señores. Pero no había otro recurso que los préstamos, algunos con interés hasta de 24 por 100, porque el Duque

no podía refrenar sus aficiones artísticas, ni acallar sus estímulos de esplendidez y de caridad, que le obligaban a girar continuamente contra sus administradores letras y más letras, algunas de cuarenta mil duros, casi siempre protestadas.

Por efecto de estos apuros, los cuadros sufrían continuas peripecias, pasando alternativamente en prenda o en depósito a Gneco, a Bardi, a Caraffa, a Landi, a Thewenin, al caballero Van Bree, a D. Lorenzo Gilbért, a Solá y a Poublon.»

Continúa el duque de Alba explicando en su discurso otros pormenores relacionados con el duque Carlos Miguel. Refiere cómo, en 8 de Agosto de 1830, llegaron a Madrid 261 volúmenes de obras artísticas adquiridas en el extranjero y dos cuadros, entre ellos *La cena*, atribuido a Murillo.

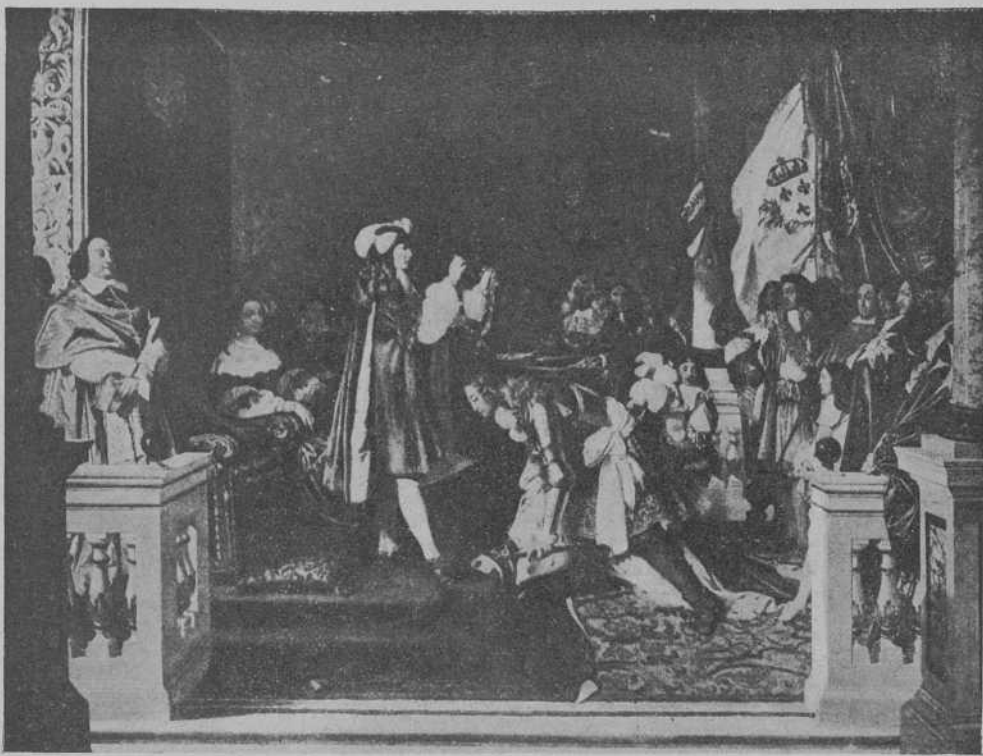
Habla luego de la generosidad de don Carlos Miguel y de su madre la marquesa de Ariza, que además de proteger, de modo tan decidido las artes, sabían siempre encontrar recursos, a pesar de su mala situación económica, para obras de beneficencia y caridad y para regalos al Rey.

Y termina diciendo: «Su modestia y su cariño filial se muestran en su sepultura, en el pavimento del presbiterio de la parroquia de Liria, al pie del monumento de Alvarez a la marquesa de Ariza, cuya inscripción reza: *Aquí yace don Carlos Miguel Stuart, duque de Berwick, Liria y Alba, grande de España de primera clase, que deseó estar después de*

muerto reunido con su madre, como prueba de eterno cariño». Falleció en Sión (Suiza) en 7 de Octubre de 1835, a los cuarenta y cinco años y tres meses de edad.

El resto del discurso del nuevo Académico es tan interesante o más que lo que antecede.

No hay que decir cuán sinceramente nos sumamos a las felicitaciones que, con este motivo, ha recibido el ilustre duque de Alba.



Felipe V imponiendo el Toisón de Oro al Mariscal Duque de Berwick.

Por eso escribía Laborda a Poublon: «*Tout finit ici bas, hors les emprunts pour la Maison*».

Y como aún así no se llegaba a saldar los urgentes compromisos de deudas, vióse a veces el Duque en el trance, para él tan doloroso, de tener que vender pinturas y otros objetos de arte con tan amoroso afán adquiridos; si bien a poco revocaba y anulaba la autorización, acaso por el recurso de un nuevo préstamo.

Bodas

DE Chile recibimos noticias dando cuenta de una aristocrática boda celebrada en la Iglesia de religiosas Agustinas, de la bella ciudad de Santiago. Fué la novia la bella señorita Rosa Irrazabal y Fernández y fué el novio el señor Márquez de la Plata y Echenique; ambos pertenecientes a familias muy queridas entre la Sociedad chilena y él, especialmente, muy apreciado también en Madrid.

La señorita de Irrazabal estaba encantadora. «Lucía,—dice un cronista de Santiago,— un lindo traje de «*chameuse*», con una gran cola que salía de los hombros, llevada por dos ideales y diminutas doncellas de honor. Un gran ramo de pequeños azahares le minaba graciosamente la ancha faja drapeada que aprisionaba las caderas y un lindo collar de perlas rodeaba su fino cuello, cayendo sobre la chaqueta, de una sencillez encantadora. El velo artísticamente colocado, iba sujeto en la frente por una diadema de brillantes que sostenía también la coronita de azahares, y el rostro juvenil de mejillas sonrosadas, ojos negros inmensos y muy vivos y de boca muy graciosa, con dientes blanquíssimos que rivalizaban con las perlas, tenía una trasparencia y diafanidad exquisitas a través de los pliegues de tul.

Las madrinas, señoras Mercedes Fernández de Irrazabal y Rosa Echenique de Márquez de la Plata, lucían lujosos trajes de seda negros, con sus grandes peinetas de carey y regias mantillas españolas, collares de perlas y prendedores de brillantes.

Las señoritas Irrazabal Fernández, regiamente ataviadas, una con traje de terciopelo de seda color coral, que daba a su figura un realce

magnífico, con gran peineta y mantilla. De terciopelo verde jade, la otra, hermosísima, con sus ojos que adquirían tonalidades verdosas con el reflejo del traje y su preciosa mantilla española.»

A la boda asistieron muchas aristocráticas damas chilenas, de cuyas *toilettes* hacen las reseñas de la boda grandes elogios.

Durante la misa que siguió a la bendición nupcial, una orquesta tocó varias composiciones apropiadas, cantando una distinguida señorita el *Ave Maria* de Schubert.

Los nuevos esposos recibieron muchas felicitaciones, a las que unimos, desde aquí, las nuestras más efusivas.

EN Madrid, en la Iglesia del Santísimo Cristo de la Salud se ha celebrado el enlace de la bella señorita Maria de la Concepción Martín Montis, hija de los marqueses de Linares, con don Jorge Parladé Ibarra, hijo de la señora viuda de Parladé.

El templo estaba preciosamente adornado con plantas y flores.

La señorita de Martín Montis entró en la Iglesia del brazo de su padre y padrino, y el señor Parladé dando el suyo a su madre y madrina.

La novia, que estaba bellísima, vestía elegante traje de *crepe-romaine*, con corona de plata y azahar, y largo velo de encaje que caía sobre la cola.

Esta era llevada por dos preciosas criaturitas, Antoñito y Ana Rosa Martín, sobrinos carnales de la desposada.

Dió la bendición a los novios el arzobispo de Valencia, señor Melo, que pronunció una sentida plática.

Fueron testigos, por parte de la desposada, su hermano don Antonio Martín Montis, el hermano político don Fernando Redondo, don Ramón Montis Allendesalazar, el conde de los Moriles, don Rodrigo Ruiz de Villa y don Enri-

que Escudero, y por parte del contrayente, los condes de Aguilar e Ibarra, don Jenaro Parladé y don Ignacio y don José María de Ibarra.

Terminada la religiosa ceremonia, durante la cual una notable orquesta ejecutó diversas composiciones, los desposados y sus familias recibieron efusivas felicitaciones de la concurrencia. Era ésta muy numerosa y distinguida.

Desde el templo la comitiva nupcial se trasladó al hotel que en la calle de Lista habitan los marqueses de Linares, donde fueron obsequiados los concurrentes con una espléndida merienda.

Los nuevos señores de Parladé, a los que deseamos eternas felicidades, salieron en viaje de novios, para París, Bruselas y Londres.

LA misma tarde contrajeron matrimonio, en la mayor intimidad, a causa del riguroso luto de la novia, la bella señorita Maria del Perpetuo Socorro López Chicheri y Ligués y don Eduardo Bauer Landaner, hijo de la señora viuda de Bauer.

El acto se celebró en la residencia de la señora viuda de López Chicheri, madre de la novia.

Bendijo la unión el rector de la Iglesia del Cristo de la Salud, don Enrique Podadera, quien pronunció una sentida plática, y apadrinaron a los contrayentes, la madre de ella y el duque de Baena, tío del novio.

Como testigos firmaron el acta: por ella, su hermano don Juan, sus tíos los marqueses de Villacaños y Seoane y don Miguel Angel Muguero; y por parte de él don Fernando Bauer, don Eugenio Espinosa de los Monteros, el exministro don Juan Alvarado y don José Rodríguez Ferro.

Solamente asistieron al acto los parientes más allegados.

Los recién casados marcharon a La Granja. Les deseamos toda suerte de venturas.

LA OBRA DEL MARQUES DE LA VEGA INCLÁN

EL MUSEO ROMÁNTICO Y SU ARCHIVO MILITAR



Y a tiene Madrid, de un modo permanente, el Museo Romántico, formado por ese gran romántico de estos tiempos que se llama el marqués de la Vega Inclán.

En una época como la presente, en la que el materialismo suele triunfar con el mayor desenfado, debe ser aun más digna de estimar la obra perseverante de difusión de cultura emprendida con juveniles entusiasmos y practicada con abnegación admirable por un hombre que ha puesto su saber, su esfuerzo personal y su fortuna al servicio de su Patria.

La casa del Greco en Toledo, al principio acogida con ciertas reservas aun por los mismos toledanos y luego convertida en lugar de visita obligada por cuantas personas acuden a la Imperial ciudad; la reforma de los jardines reales sevillanos; la Casa de Cervantes en Valladolid, que aumenta por días su éxito al aumentar el número de los asíduos lectores que a ella concurren, y toda la labor realizada en publicaciones, guías y estudios por la Comisaría General del Turismo, serían suficientes motivos para que los españoles sintiéramos una perdurable gratitud hacia el marqués de la Vega Inclán.

Pero le faltaba al gran patriota algo más que hacer, y ello ha sido el Museo Romántico madrileño. No se crea que la labor ha sido tarea fácil ni mucho menos; pero cuando un hombre tiene voluntad para realizar una obra buena, es muy difícil que sus propósitos no se logren.

Hace dos años y medio, —en el otoño de 1921,— el marqués de la Vega Inclán dió a conocer, en el local de la Sociedad Española de Amigos del Arte, numerosos cuadros de su propiedad, que podían ser la base de un Museo Romántico.

En la «noticia preliminar» del catálogo en que los prestigiosos críticos señores Vegue y Goldoni y Sánchez Cantón estudiaban las obras expuestas se hacía constar lo siguiente: «El marqués de la Vega Inclán ha concebido la creación de un Museo. Para llevar a cumplimiento tal iniciativa, ha coleccionado a su exclusiva costa cuanto figura en esta Exposición, donándolo todo a la nación española para el estudio y aprecio de la época romántica, donde hayan de reunirse pinturas, muebles, libros y papeles evocadores de la vida española en los turbulentos y emocionantes años que van desde

la francesada (1808), hasta la Guerra de Africa (1860)». Y agregaban poco después: «Que el período romántico es tan interesante como desconocido, es verdad que no precisa encarecimiento; como así mismo que Madrid es el lugar propio de tal Museo, pues con ser de suyo centro de España, en aquéllos años fué todavía más: su corazón».

La Exposición, que alcanzó un grande y muy merecido éxito, se compuso de 85 cuadros, firmados por don Vicente López, don José de Madrazo, Fernández Cruzado, Lacoma, Miranda, Tegeo, Bernaldo López, Esquivel, Prats, Pérez Villamil, Alenza, Espalter, Gutiérrez de la Vega, Van Halen, Pérez Rubio, Rodríguez de Losada, Eugenio Lucas, Cabral, Aguado Bejarano y otros que también florecieron en aquellos tiempos.

Numerosos críticos y aficionados al arte encontraron interesantísima la Exposición. Y el público confirmó el fallo, acudiendo a visitarla de modo desusado. Con lo cual hizo al propio tiempo una buena obra, porque todos los productos de la Exposición fueron destinados a los Hospitales de la Cruz Roja española.

La idea del Museo Romántico no pudo, pues, ponerse en marcha bajo mejores auspicios. Pero precisamente a partir de aquel momento fué cuando comenzaron las dificultades, para que el propósito del marqués de la Vega Inclán se viera convertido en realidad. Para que el Museo tuviera carácter permanente y admitiera las agregaciones que el vasto plan primitivo contenía, era a todas luces preciso un local adecuado, que ofreciera condiciones de estabilidad. El generoso donante de cerca de un centenar de obras artísticas de positivo valor independientes unas de otras y de extraordinario interés todas juntas, pudo creerse con derecho a que el Estado habililitase un edificio para dar cabida honrosa a la valiosa ofrenda de un enamorado del arte... y de hacer disfrutar de él a los demás.

Pensó el marqués de la Vega Inclán en varios de estos edificios y no logró ninguno de ellos.

Pero aquí de los hombres con tesón y... con esplendidez. Hace un año se decidió al fin y hoy ya está instalado el Museo. Una hermosa casa, construida en la calle de San Mateo precisamente en pleno período romántico, pasó a su poder, mediante un nuevo esfuerzo económico. ¿Que la casa estaba medio abandonada? ¿Que importaba eso! Se restauró lo que hacia falta, tiráronse tabiques y surgieron otros; patios inmundos convirtiéronse en preciosos jardines y, en doce meses la transformación fué hecha. La primitiva idea, ampliada, había tomado cuerpo. El Museo Romántico, a base de aquellos cuadros de la Exposición de 1921, estaba en marcha. Y ahora si que de verdad y con eficacia, para enseñanza de muchos y ejemplo de no pocos.

¿Qué es el Museo Romántico ahora? Hagamos una breve descripción. Mas reproduzcamos antes las palabras explicativas de su fundador, al ofrecerlo al público.

«Al abrir las puertas de este Museo,—dice,—que es romántico fundamentalmente por la tendencia emotiva que representa este nombre, hemos procurado evocar tres momentos de la historia del siglo XIX en que se demostraron grandes virtudes patrias, en las guerras de la Independencia, la primera civil y la de Africa.

Sería pretensión ajena a nuestras costumbres, ni hacer la inauguración



«Un literato romántico», por don Vicente López.

de una primera piedra ni pretender que un Museo que comienza sea obra definitiva, pues el deseo natural de mejoramiento no debe tener limite, y seguramente aquellos que nos sucedan lo han de corregir y ampliar, evaneciéndose lo que se inicie, por modesto que sea, un punto de partida que merezca la atención y el cariño de las clases populares, la benevolencia de los doctos, aquella protección de los poderosos, que solicitamos para el acrecentamiento del Museo, y la colaboración de todos los hombres de buena voluntad.

Por instinto y por convicción entendemos que Goya fué un independiente precursor del moderno arte mundial y un gran innovador que, rompiendo reglas y preceptos de los clásicos, anárquicamente triunfó, y es el romántico quizá más glorioso y original que se enseñoreaba sobre todos y que desde esta tierra española ha llevado su influjo por todos los ámbitos del mundo.

Los demás pintores que le han seguido representan una época. Los literatos no están todavía representados cual quisieramos, pero lograrán ser conocidos aquí con mayor suma de elementos cuando merezcamos la estimación de cuantos en este ambiente familiar busquen y encuentren el deleite de la contemplación y el conocimiento de aquellos hombres, quizá no tan admirados como tienen derecho a serlo por todos los que hoy enorgullecerse debieran de rendir homenaje de respeto y estudiar e inspirarse (prescindiendo de todo sectarismo) en aquellos ilustres varones que hoy se alzan sobre la posteridad con los nombres de Quintana, Martínez de la Rosa, el Duque de Rivas, Gil y Zárate, Larra, Espronceda, Ventura de la Vega, Zorrilla, Hartzembusch, García Gutiérrez, Mesonero Romanos, Bretón de los Herreros, Escosura y tantos otros ingenios, orgullo de las letras patrias.

Por el momento, y en tanto se publican los catálogos, nos limitamos a consignar algunas indicaciones que se relacionan con los fondos con que empieza la Biblioteca del Museo y los de su Archivo Militar. Ojalá podamos merecer la benevolencia y colaboración que ha menester en los comienzos toda obra bien intencionada.

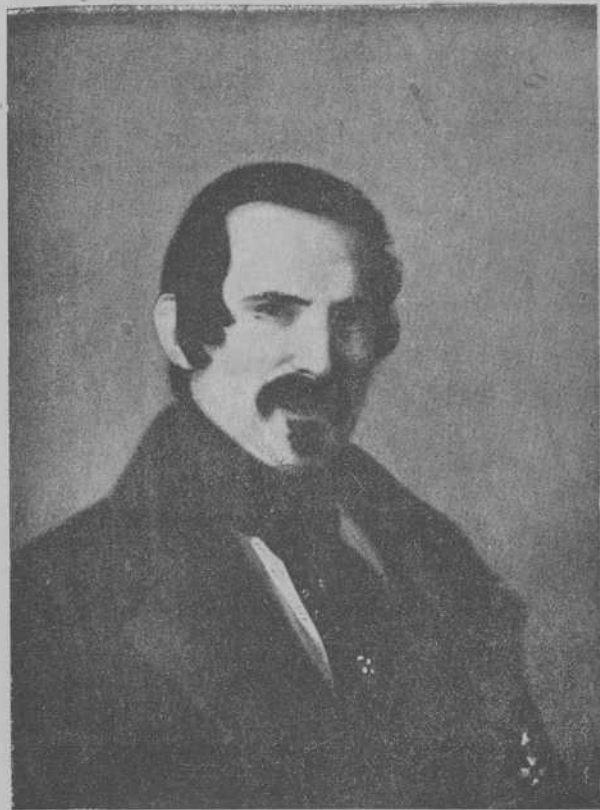
En las anteriores líneas queda bien claramente expuesto el pensamiento del fundador y



«Señora de Vargas Machuca», por don Vicente López

hasta justificado el hecho de que sirva como antecámara del verdadero *Museo Romántico* una sala dedicada a cuadros de aquel gran revolucionario de la pintura que se llamó don Francisco de Goya.

Cuando, en efecto, se llega a la transformada casa y se deja a la derecha del vestíbulo una



Auto-retrato de don Joaquín Manuel Fernández Cruzado.

típica galera de la época, para subir, por la amplia escalera, al piso principal, lo primero con que tropieza la mirada es con un gran retrato del Rey Fernando VII; luego, con otros de personas reales de su tiempo y enseguida, en una sala muy artísticamente dispuesta, con varios lienzos del famoso pintor aragonés.

El retrato de la Reina María Luisa, que figuró en la reciente Exposición de pintura española en Londres; un magnífico San Jerónimo, un lienzo valiosísimo, «La segunda boda del jorobado», perteneciente a la última época de Goya y otros cuadros admirables del mismo, forman la introducción al estudio de la época romántica, en unión de otros lienzos de Bayeu, Lucas, Carnicero, Rivelles y algunos más. Un retrato del Príncipe de la Paz y otro del poeta Quintana, joven, son especialmente interesantes.

En esa sala se halla también la última carta que escribió Goya. Iba dirigida a su hijo Javier, en la calle de Valverde, de esta corte, y la fechaba en Burdeos en 12 de Marzo de 1828.

Una segunda sala, de mayor tamaño, en la que hay elegantes muebles donados por la señora de Fabié, representa la época isabelina y contiene el núcleo principal del Museo. En ella hay colgados casi todos los cuadros que admiramos hace dos años en la Exposición de los Amigos del Arte. Son los que mejor responden,—presididos por un retrato de la Reina Doña Isabel II,—al carácter romántico del Museo.

Una pequeña sala contigua, continúa la historia de aquel periodo con retratos de artistas. Allí están Florentino Sanz, Teodora Lamadrid, Bernardo López Romea y otros.

A continuación se encuentra el visitante con el Archivo militar. Es verdaderamente notable y en él se destaca principalmente la colección llamada del «Fraile». Durante el transcurso de la guerra de la Independencia un religioso anuvo de un lado para otro coleccionando proclamas, exhortaciones, alarmas, pastorales, sermones, discursos, edictos, diarios, noticias, sátiras, cartas y papeles de todas clases, llegando a juntar 1.008 que forman una interesante historia de aquella guerra.

Algunas de las obras de este Archivo—pasan

de 1.200—irán haciéndose públicas, pudiendo anticipar ahora nosotros que la primera que aparecerá será un libro que se ocupará de todos los periódicos que se publicaban en España al estallar la guerra de la Independencia.

En el Museo Romántico se encuentra, sin duda alguna, la mejor y más completa colección de diarios que se conserva de aquella época.

Todas las planas de una revista no serían bastantes para describir este Museo.

Después de las salas de que hemos hablado, a la izquierda del recibidor se encuentra una pequeña, dedicada a Larra. La preside el retrato del gran escritor, que hizo Gutiérrez de la Vega, y en ella se encuentran libros y papeles de *Figaro*.

Entre ellos están las últimas cuartillas que escribió días antes del suicidio (unas en francés y otras en castellano), su acta de diputado y otros papeles de gran interés.

Con muebles de época, se pasa después a una alcoba, en la que hay también cuadros, muebles y objetos de gran valor artístico e histórico y, por último, el comedor, en el que hay una colección notabilísima de cerámica, que marca todo el curso de esta industria española: Cartuja de Sevilla, Sargadelos, Talavera, Puente del Arzobispo, Manises, Alcora...

Tendrán también salas, avaloradas con recuerdos personales, el duque de Rivas, Hartzenbusch, García Gutiérrez, y Alcalá Galiano.

Tal es, en ligera síntesis, lo más interesante de lo que hoy encierra el *Museo Romántico*. De lo que era un caserón abandonado ha hecho el marqués de la Vega Inclán un atrayente rincón de arte, en donde el espíritu halla amplio campo para volar. Hasta los patios sucios y feos, que eran más que nada vertederos de escombros, hoy son bellos jardines de carácter español, con macetas y plantas, con flores de muchas clases y con fuentes de esbeltos ruidores.

Nada se ha desperdiciado allí; todo se ha transformado. Y hasta la misma Comisaría Regia del Turismo ha hallado lugar adecuado para sus oficinas en la planta baja del edificio.

No hemos de cerrar esta información sin recoger, de la nota preliminar publicada al inaugurarse el Museo, una interesante carta que, por lo que dice y por la competencia de quien lo dice, arroja luz sobre el manantial del romanticismo pictórico que da vida a la naciente obra.

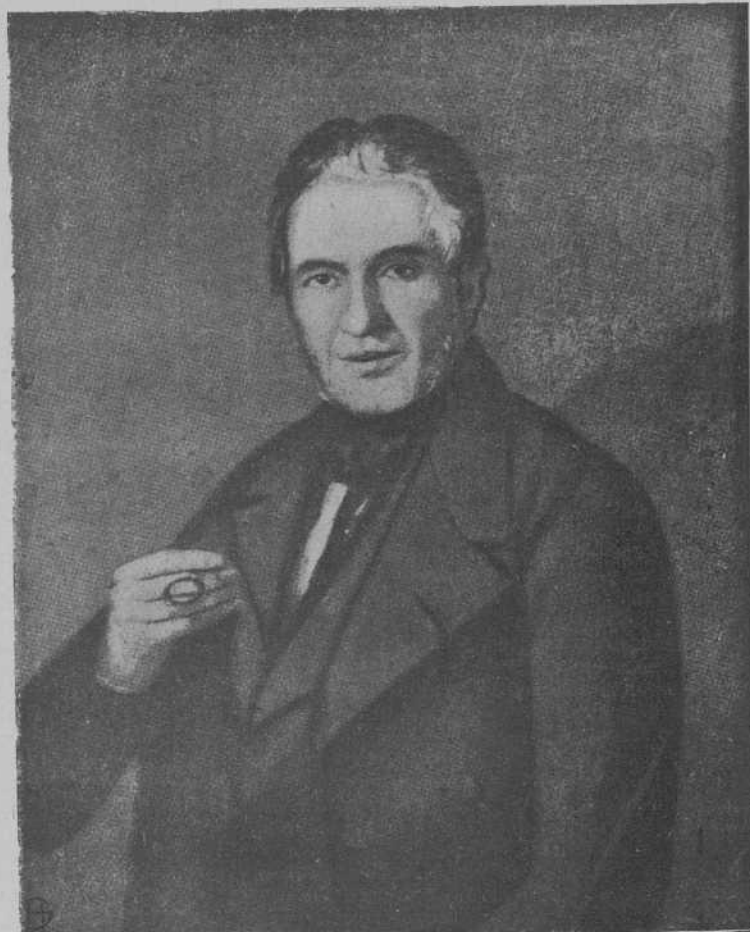
Dice así:

«27 Mayo 1924. Madrid. Señor Marqués de la Vega Inclán. Querido amigo: Le agradezco mucho el envío de su expresiva nota definiendo lo que ha de ser, por ahora, el *Museo Romántico*, porque en ella ya responde usted mismo, y muy vivamente, a la pregunta con que en su carta anterior, y no sin cierta bondadosa insidia, venía usted a inquietarme.—¿Qué más puede hacer falta, después de lo que usted con tanto fervor proclama sobre el romanticismo de Goya, para justificar la presencia de este excelso pintor en el nuevo Museo?—Cierto que Goya es inclassificable históricamente en la estricta es-

cuela romántica. Más cierto aún que todo su arte repugna el medievalismo; y sería infecundo para engendrar, lo mismo a Overbeck y Ary Scheffer, a Cornelius y P. Delaroche, que a Böcklin y Dante Rossetti. Evidentísimo que ni su genio artístico ni su vena pictórica se amoldan por entero a la fase espiritual romántica, según la estética hegeliana, definidora del concepto.—Pero si, en términos accesibles a todo el mundo, el romanticismo aparece como rebelión y protesta contra el gusto neoclásico, y representa, en el fondo, una afirmación del sentir y del impulso frente al intelecto; de la inquietud frente a la sensatez; de la libertad frente a las reglas; del calor, en suma, que funde y penetra las vidas frente a la luz que inhibe, distingue y separa, sería difícil no reconocer en Goya los caracteres de este romanticismo.—¿Habría que recordar que las *Majas*, los *Fusilamientos*, las *Casas de locos*, los *Carnavales grotescos*, las *Brujas*... se pintaron en plena hegemonía neoclásica; que discípulos y secuaces de David fueron en España los contemporáneos de Goya; y que con éste se enlaza hoy mejor que con nadie en sus intrínsecas virtudes, Delacroix, la más certera y penetrante flecha del romanticismo francés en pintura?—Si ese nuevo Museo ha de evocar espiritualmente la guerra de la Independencia, ¿cabe pensar que haya en él nada más indispensable que Goya? ¿Y cómo no habría de presidir éste un Museo español que comienza con el siglo XIX, cuando Goya, densa y recia aportación española al arte universal, es, tal vez, el valor más sustantivo y permanente en la moderna historia de la pintura de Occidente?—Romántico o no, si sus cuadros no abrieran las puertas de este Museo, por él vagarían a todas horas y eternamente los *fantasmas* de Goya.—Como usted ve, querido amigo, no podía yo hacer otra cosa que glosar moderadamente sus caudas palabras.—Perdóneme y créame siempre suyo. M. E. Cossío.»

En las palabras del ilustre crítico queda definitivamente marcado el carácter con que Goya aparece representado en este Museo.

Pasará el tiempo. Y cuando algún espíritu selecto, aficionado a reconstruir épocas y ambientes, quiera saturarse de aquel que dominó en los primeros sesenta años del siglo anterior, no tendrá más que irse al *Museo Romántico* en la seguridad de que ha de conseguir su propósito.



«Don Agustín Argüelles», por Alenza.

EL VUELO DE LOS HOMBRES

El conflicto planteado por los aviadores portugueses,—a mi modo de ver,—rebasas las proporciones de un incidente entre hombres y adquiere le importancia gigantesca de un mito pagano.

Un mito que significa el choque entre los dioses y los mortales. Es natural que entre unos y otros, entre las opiniones de ambos bandos, surjan divergencias, y si ninguno cede, necesariamente se ha de producir la lucha. Al menos, cuando se escriben estas líneas, el problema está planteado en tal forma que no da lugar a presumir la solución que tendrá.

¿Cuáles son los dioses paganos en este mito? ¡Los aviadores! Con un poco de fantasía todo se consigue, incluso el dar atributos de divinidad a personajes reales y vivientes.

* * *

Cuando los hombres recibieron la facultad de volar, como premio a su fe y a la audacia de su pensamiento, se sintieron un poco sobrecogidos. No podían creer que su soberbia aspiración estuviera convertida en una realidad. ¡Era una cosa tan grande, tan extraordinaria!... ¡Representaba tanto!... No podían acostumbrarse a creerlo. Y sin embargo era cierto.

Los hombres se elevaron en el aire, pero su vuelo tenía un algo de timidez; el aparato era delicado en demasía, y la vida del piloto pendía de una cosa tan sutil, tan adventicia como una ráfaga de viento. Sólo ascendía a las alturas cuando el cielo estaba azul y la atmósfera en completa calma.

El pueblo presenciaba el espectáculo con la misma ansiedad morbosa con que aplaude el salto mortal de un atleta en el circo, esperando que una u otra vez, que de un momento a otro, caerá desde la cumbre de su salto y se romperá el cráneo contra el suelo.

* * *

Pero no tardaron en adquirir perfección los órganos del vuelo humano: éste se hizo más seguro; se contaba con mayores recursos.

El hombre, familiarizado con las alturas, se

empeñó en más audaces empresas, y salió victorioso, pudiendo pregonar que había dominado ¡por fin! el aire.

Los aviadores, los que poseían la facultad de volar, formaron como una especie aparte. Todavía no eran dioses, pero ya eran más que hombres: eran semidioses. Ellos encarnaban el espíritu heroico de su tiempo; sus hazañas y sus caídas, sus triunfadores y sus víctimas, sus vencidos les daban un marcado tinte legendario. Las alturas a que se remontaban, originaban la idea de su poder.

Ya el pueblo, inferior a ellos, los veía cruzar el espacio majestuosamente, serenos, imperturbables... Bien uno sólo, bien una escuadrilla...

Con su ruido monótono de insectos gigantes, apuntaban en el horizonte,—apenas visibles,—cruzaban (agrandándose y dibujándose un poco) sobre los atónitos contempladores, y luego transponían,—disminuyendo de tamaño,—hasta perderse nuevamente en la distancia como una estrella que se borra en la aurora.

El que miraba tenía que volver la vista a la tierra, deslumbrado y un poco entristecido al comprobar de una manera tan indudable su propia inferioridad.

* * *

Un día, los mortales, siempre egoístas, imploraron el auxilio de los dioses para dirimir sus contiendas. En esto no hacían sino seguir su antigua costumbre, pero colocaron a los aviadores en una posición violenta.

Ellos, los semidioses, no estaban conformes sobre el partido que tomarían.

Había comenzado la Gran Guerra y era preciso decidir.

Y, ante la duda, los aviadores se dividieron en dos bandos. Por esta causa la lucha fué una lucha homérica; lucha de hombres, ayudados y combatidos por divinidades.

Pocas cosas tan terribles como la cólera de los nietos de Icaro; pocas cosas tan azarosas y zozobranes como las alternativas de sus contiendas. El espantoso forcejeo por sostenerse en el aire con las alas extendidas, encierra una bárbara emoción.

Luego la caída de una divinidad no es así como la de un sencillo mortal: tiene otra grandeza.

El pájaro monstruo, herido en la cabeza, se desploma trágicamente, y en el espacio todavía quiere resistir: planea, se cierne... Pero, al fin, el fracaso es inevitable y estrepitoso: sólo quedan astillas en el suelo. Y cuando cae envuelto en llamas...

En aquella época de pesadilla el aeroplano era un ave infernal, que no inspiraba curiosidad ni admiración, sino miedo. Un ave que arrojaba la muerte, que escupía el fuego sobre las poblaciones. La gente, aterrorizada, buscaba refugio en las entrañas de la tierra, cuanto más hondo mejor.

Acaso se preguntaba: «¿Y para esto ha de servir la conquista del vuelo?»

* * *

¡Para eso, no! Cesa la contienda y el aviador llega a la cumbre de lo fabuloso; los grandes «raids» en que se atraviesan océanos y se cruzan continentes son rasgos de verdadero heroísmo, de heroísmo fértil. El poder sobrehumano del aviador queda demostrado.

Pero, ved el problema: los semidioses se revelan contra los mortales, que,—¡cosa rara!—los tenían dominados, y entonces los mortales les sitian y asedian en su propio campo.

La fantasía, gran fingidora de fábulas, así como ha dado un sentido mítico a este suceso verdadero, cuyo desenlace aún es desconocido, nos hace preguntarnos: «¿cómo es que los semidioses no levantan el vuelo y dejan burlados a sus sitiadores los mortales?»

* * *

Un poeta podría inmortalizar su nombre escribiendo en sonoros versos la epopeya de la Aviación, cuyo nacimiento y desarrollo todos hemos presenciado. Ahora es tiempo.

Más tarde, cuando el aviador sólo sea un sencillo obrero, el poema encontraría mayores dificultades; ¡tal vez fuera imposible!

FRANCISCO AYALA

SEMBLANZAS

LA EXCMA. SEÑORA DUQUESA DE PARCENT

DONA Trinidad Scholtz Hermendoff, la dama de arrogante figura, caridad espléndida y alma de artista, que tantas simpatías ha sabido atraer sobre sí, fué por su primer matrimonio la esposa del Embajador don Manuel de Iturbe, representando a Méjico en las Cortes de Berlín, Londres, Lisboa, Madrid y San Petersburgo, siendo digno de memorar que en la capital rusa, verdadero imperio de fastuosidades y riquezas, el lujo y ostentación desplegado por el señor Iturbe y su gentil esposa, compitió también con las magnificencias y trenes de los Grandes Duques moscovitas en la coronación del último desventurado Zar, dejando allí y donde quiera que estuvo, grato recuerdo de su gracia andaluza, acrisolada por sus atrayentes cualidades.

Malagueña por su nacimiento, mejicana desde su primer enlace, tras varios años de viudez, vuelve a ser española convirtiéndose en Duquesa de Parcent, por su unión con el noble y caballeroso poseedor de este título, don Fernando de la Cerda y Carvajal, actual representante de la raza de su apellido, hoy única descendiente directa del Infante don Fernando de Castilla, llamado *el de la Cerda*, primogénito del Rey Sabio.

Esta Duquesa, de imaginación ardiente, impulsada por su espíritu activo y artístico, se ha revelado siempre como ideal organizadora de originales y brillantes fiestas; unas, dadas en su palacio casi regio, concurrido por lo más florido de la nobleza y frecuentemente por los Reyes, y otras, celebradas en teatros y salones para fines benéficos, que ella está pronta siempre a patrocinar. Pero en el terreno caritativo, su obra

cumbre es la creación del «Comedor de Madres Lactantes», donde tan generosamente practican la dulce misión de aliviar la miseria del pobre, tanto la amable Duquesa como su angelical hija que fué de soltera Piedita Iturbe, marquesa de Belvis de las Navas, y ahora Princesa de Hohenlohe.

En Ronda, objeto de sus predilecciones, por ser cuna de sus abuelos, su influencia bienhechora déjase sentir en toda su intensidad. La mano aristocrática que salvó de las ruinas el palacio llamado «del Rey Moro», convirtiéndolo en verdadera mansión de encantamientos y bellezas al hacerlo suyo, acude también infatigable a realizar la misma obra redentora, restaurando Ntra. Sra. de Gracia, iglesia donde se celebró la primera Misa después de la Reconquista; la de la Caridad, antiguo y ruinoso templo que perteneció a la Colegiata; y San Francisco, cedido por el Ilmo. Sr. Obispo de Málaga a la Duquesa, para su restauración y fundación de Escuelas. La generosa dama, realizando una empresa verdaderamente patriótica y ultraísta, no vaciló en adquirir los terrenos que rodean esta última iglesia, edificando las aulas a las cuales concurren multitud de escolares de ambos sexos a recibir amplia y sólida instrucción; primero enseñanzas elementales, según el sistema de don Manuel Siurot, y después dibujo, repujado, ebanistería, talla y pintura decorativa. Además, las niñas, bajo la dirección de una hábil modista (pues la Duquesa supo elegir excelente profesorado para sus escuelas), practican el corte y confección que algunas de ellas utilizaron ya para ganar honradamente la vida al frente de un taller y finalmente, obra es también de la ilustre dama, la

industria de las alfombras de las Alpujarras, de reposteros y bordados españoles, establecida en Ronda.

En todos los nobles impulsos, en todas las admirables iniciativas suyas, fácilmente adivinase el génio de artista que la distingue y bien puede decirse que su característica es salvar el arte en España, impidiendo con abnegado arranque que las joyas de nuestra Patria vayan a enriquecer los Museos extranjeros. ¡Glorioso lema de un corazón todo generosidad! Lema que atestigüa la colección de 40 Primitivos españoles, adquiridos por la Duquesa ante el peligro de verlos transportados más allá de los mares.

Estos cuadros (menos uno, regalado por ella al Museo del Prado, sabedora de que deseaba comprarlo el entonces Director, Villegas) actualmente se hallan en el hermoso palacio que los Duques de Parcent poseen en la calle de San Bernardo, constituyendo una verdadera riqueza, así como la colección de Talaveras, compuesta de 2.000 piezas adquiridas al señor Páramo. Y rasgo nobilísimo, admirable, altamente patriótico, es la fundación, obra suya, de la Sociedad de «Amigos del Arte», cuyo fin es fomentarle en todos los ramos por medio de exposiciones, netamente españolas, que alientan a los futuros artistas y ayudan a revelar el génio de los hijos de España cultivadores de la Belleza.

Duquesa graciosa, genial y altruista; malagueña simpática, nacida para brillar en las esplendideces, y ser luz en las tinieblas de los pobres, sobre los florones de la corona ducal, debe llevar los mirtos y laureles que el Arte español la ofrenda entusiasta.

TORRES DE GUZMÁN

DESPUÉS DE TREVIÑO

IV
VIANA.—EVOCACIONES.—EN EL MAR

A PENAS extinguido el estruendo de la pelea en las montañas de Villarreal, otra lucha, no menos empeñada y sangrienta, tenía lugar en los confines de Alava, de la Rioja y de la tierra navarra; en los campos de Viana.

En la tarde del mismo día 30 de Julio en que el brigadier Córdoba con sus tropas había llegado a Logroño con la misión de operar sobre Viana, hizo que 2 de los escuadrones del regimiento de Farnesio que se encontraban bajo su mando, efectuasen un reconocimiento por los cercanos campos de Oyón y de Viana, movimiento que, rápidamente, hubieron de hacer los lanceros y tiradores, sin encontrar fuerza alguna carlista en aquellos sitios. No obstante, se supo aquella misma noche, que 5 batallones facciosos y alguna caballería ocupaban la próxima ciudad.

A las 7 de la mañana del 31 salía Córdoba con sus fuerzas de Logroño, resuelto a atacar al enemigo.

Formaban las tropas 2 medias brigadas de Infantería; el 1.º batallón del 3.º regimiento de Marina y el 1.º batallón del regimiento de la Reina a las órdenes del Coronel de la Reina don José Santelices y el regimiento de Gerona al mando de su coronel don José Alberni. Marchaban también 5 escuadrones de lanceros y tiradores (3 de Farnesio y 2 de Numancia), al mando del coronel de Numancia don Rafael Nogueras y la 2.ª batería del 3.º regimiento montado a las órdenes de don Miguel Michel.

Poco después de haber salido de la capital de la Rioja estas tropas, salían también hacia el campo de la acción, 4 batallones y una columna de municiones a las órdenes del Gobernador militar de la Plaza, don Gabriel Lacy, que tomaron posición en el cerro de Cantabria.

A 2 kilómetros de Viana, distinguieron las avanzadas de Córdoba los rojos dolmanes y blancas boinas de la caballería facciosa. Pero cargados a toda brida por el 2.º escuadrón de Numancia, volvieron grupas los jinetes carlistas, alejándose al galope, después de cambiar algunos tiros.

Ya a la vista de Viana, se divisaron, principalmente, en los altos que a la derecha de la ciudad se extienden hacia Moreda y Oyón, las pardas masas facciosas entre motear de boinas y brillar de bayonetas.

Córdoba manda hacer alto a las tropas, y ordena que el 2.º batallón de Gerona con 2 compañías desplegadas en guerrilla y 2 en reserva, apoyadas estas fuerzas por todo el resto del batallón, avancen a la izquierda en dirección a las alturas que ocupa el enemigo. Al mismo tiempo y con objeto de amparar la derecha de estas tropas, que pueden verse atacadas por fuerzas carlistas salidas de Viana, dispone el brigadier

que, el 2.º escuadrón de Numancia, tome posición entre las tropas que avanzan y la ciudad.

No habían avanzado Gerona y Numancia 100 metros, cuando el fuego nutrido de los facciosos hizo comprender a Córdoba que le era preciso el desplegar la mayor parte de sus tropas.

Entonces y dirigidos por el Capitán de Estado Mayor don Alvaro Lamas, avanzan por el centro el 1.º batallón de Gerona, flanqueado por el 4.º escuadrón de Numancia; y la batería montada, maniobra y coloca sus piezas en disposición de proteger el ataque.

Como los gemelos de campaña del brigadier observasen que las fuerzas carlistas recibían refuerzos por el lado de Moreda, manda que el

vainas y de estribos, gritos de jinetes y voces de mando.

¡Qué correr el de los carlistas! ¡Qué matar el de los lanceros!

Entre nubes de polvo, centellean lanzas, ruedan hombres atropellados y suenan golpes secos con alaridos de agonía y relinchos de bridones.

Cubierto quedó el campo de muertos y de heridos facciosos.

«Pudimos hacer más, mucho más, dice el veterano French, entonces ascendido a Coronel, pero tenía en el escuadrón un capitán muy gordo que se entretuvo en coger prisioneros».

El desastre del 5.º de Navarra unido al fracaso de las fuerzas facciosas de la derecha, hace

que el enemigo abandone por completo sus posiciones y Viana, después de sufrir 400 bajas, la mayoría de lanza y de sable y de dejar en poder de las tropas liberales, 107 prisioneros entre ellos 6 oficiales y un cadete.

El brigadier Córdoba, finalizada la carga de Numancia, avanza hacia Viana con las tropas de la reserva y artillería, precedido por el 2.º escuadrón de Farnesio que penetra, al galope, el primero en la ciudad.

Una vez dentro de Viana, que había sido abandonada por las autoridades y no pocos de sus habitantes, Córdoba, en previsión de excesos, muy probables con la aglomeración de tro-

pas en la ciudad, dictó un severísimo bando en el que imponía la pena de muerte al que robase o cometiese exceso alguno.

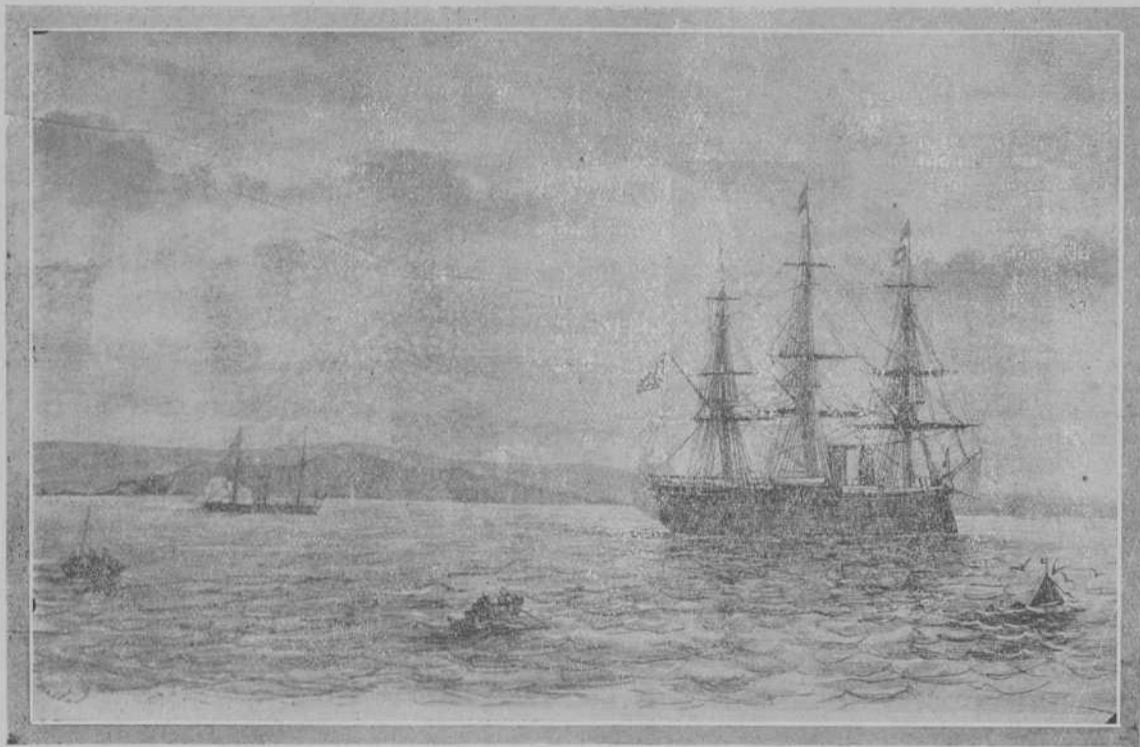
La misma tarde de la acción y conduciendo los prisioneros, volvieron a Logroño con el brigadier Gobernador Lacy, los 4 batallones que habían salido por la mañana. Las fuerzas de Córdoba quedaron acantonadas en Viana o acampadas en sus inmediaciones.

La entrada de los prisioneros en la capital de la Rioja, constituyó un momento de verdadero júbilo, acontecimiento imborrable para los que aquellos días vivieron.

Entre filas de bayonetas, rodeados por guerreros que, si no habían tomado parte activa en el combate, también curtía la pólvora de las batallas, pasaban los carlistas, reflejado en su semblante, su aspecto fiero, indiferente o triste.

En la parte baja del edificio iglesia que hoy es el Seminario, estuvieron algunos días los prisioneros, siendo objeto de curiosidad, sobre todo para los chicos, que no se cansaban de mirar a unos hombres que las circunstancias hacíanlos distintos de los demás. Contemplaban, a través de las rejas, sus rostros casi negros de puro curtidos, sus barbas irsutas, las boinas blancas o rojas, los pardos chaquetones y azules blusas.

Entre tanto la retirada la hacían los carlistas por Labraza y Aras. Pisaban la tierra en que, peleando por el Rey de Navarra Juan de Albret y contra las gentes del Condestable de Leryn, en las cercanías de Viana, cayó a lanzadas el hijo del Papa Alejandro VI, Césare Borgia



La fragata «Victoria» y el aviso «Fernando El Católico», bombardean, en la tarde del 25 de Junio de 1875, las fortificaciones carlistas de Motrico.

Soñador con la *Tiara Pontificia*, capitano di bravi, condottieri, uomo singulare, mezcla de zorro y de león, adalid y asesino todo a un tiempo; ni aun muerto pudo descansar el Conde de Valentín, hermano de la divina Lucrecia, pues sus restos que, desde 1507, reposaban bajo las losas de la iglesia de Mendavia, fueron esparcidos en 1833 por los excesos de una revolución.

Pisaban asimismo los facciosos la tierra que hollaron con su férrea planta, y ya en retirada hacia sus fronteras, los franceses de Francisco I.

Rechazados siempre estos guerreros desde los muros del Logroño de 1521 por las espadas de las que era caudillo, Pedro Vélez de Guevara, la llegada de las huestes castellanas que habían triunfado de los Comuneros en la aciaga jornada de Villalar, hizo que Antoine de Foix, abandonase definitivamente una empresa que, a pretexto de devolver a los Reyes de Navarra el Trono de que años antes fueran despojados por la Majestad Católica de Fernando V, y de auxiliar a los Comuneros, no era otra cosa que el principio de una invasión en España, como consecuencia del comienzo de la rivalidad famosa entre Carlos V y Francisco I.

Desastrosa fué la retirada de las tropas de Foix, perseguidas de cerca por las fuerzas del Conde de Nájera. Forzados los franceses a abandonar su artillería, que quedó en la margen derecha del Ebro empotrada en el lodo que produjo el ser mudado el cauce del Iregua por los labriegos de Lardero, Alberique y Albelda para inundar el campo enemigo, marcharon los que días antes soñaran con la victoria en dirección a Pamplona y los Montes Pirineos.

Una hábil maniobra del Conde de Nájera cortó el paso a las Lises, tomando posición los castellanos, entre Noain y Pamplona, y las tropas francesas fueron completamente derrotadas en estas asperezas, muriendo en la pelea el caballero Antoine de Foix que abatido de un mazazo, pierde allí la vista y la vida.

En la misma tarde del 31 de Julio y en los arrabales de la capital de Alava, en el sitio denominado el Prado de Vitoria, que ocupaba la población en masa y la brigada Pino formada en cuadro, el general Quesada, a caballo, rodeado de su E. M. y ayudantes y en el centro de sus batallones, hace salir de las filas de Barbastro al frente de banderas a los 3 heroicos cazadores de la acción del 29 y dice así: «Soldados de las fuerzas afectas al Cuartel General, anteayer os batisteis con valor; pero en primer término Barbastro y Ciudad Rodrigo a cuya ca-

beza conseguía distinguirse el coronel Alberni y delante de él los soldados Andrés Balañas, Rufo Rodríguez y Carmelo García que despreciando con serenidad el fuego enemigo, llegaron decididamente a sus trincheras sin disparar un tiro. Sus nombres figuran ya en mis telegramas al Gobierno; a estas horas los habrá publicado la Gaceta; mañana lo sabrá España entera y la Historia los conservará en sus páginas para honra y orgullo suyo y orgullo y honra para sus familias. Al soldado Andrés Balañas, he dispuesto se le instruya juicio contradictorio para que pueda obtener la Cruz de San Fernando, la misma que lleva en el pecho su general, pero ganada con más mérito y valor; a los otros en nombre de S. M. les concedo la Cruz del Mérito Militar pensionada con 30 reales. La disciplina, el valor y el respeto a los intereses de los pueblos, son garantías seguras de la victoria; observad estos principios y os lo agradecerá la Patria y el Rey. ¡Viva Alfonso XIII!»

Imenso entusiasmo produjo esta arenga y en lo porvenir éxito seguro, pues cuando algún soldado se destacaba avanzando el primero en el ataque y era por sus jefes amonestado; así se ganan las cruces pensionadas, contestaba, que me pondrán al frente de mis camaradas».

Desde el 21 de mayo, aciago día para la Armada española, en que frente a Motrico y sobre el puente del «Colon», murió heroicamente el bravo veterano del Callao y jefe de la Escuadra de operaciones en el Cantábrico, don Victoriano Sánchez Barcaiztegui, las fortificaciones carlistas habían aumentado de modo notorio en las costas de Guipúzcoa y de Vizcaya.

El sucesor en el mando del inmortal brigadier de Marina, el Contra-Almirante don José Polo de Bernabé, jefe de la Escuadra del Cantábrico desde el 30 de mayo, esperó para reanudar las operaciones a que se incorporase a la Armada en el Norte, la fragata de hierro blindada «Vitoria», que montaba 21 cañones de grueso calibre.

Arribó la nave de guerra a San Sebastián el 20 de junio y el 25 a las 2 de la tarde, arbolando la insignia Almirante, zarpaba, con el aviso «Fernando el Católico», para hacer su primer cruceo, con rumbo a Motrico.

Quería Polo de Bernabé que el fronterizo puerto de Guipúzcoa con Vizcaya, de fúnebre memoria, fuese el primero en sufrir los estragos de la potente artillería de la «Vitoria»...

Y así fué, desde las 4 de aquella misma tarde hasta la puesta del sol, lanzando los cañones de la fragata sobre los fuertes facciosos 200

granadas que redujeron a silencio las piezas enemigas.

Con el crepúsculo, la «Vitoria», en unión del «Fernando el Católico», navegaron con rumbo al cabo Machichaco, y al amanecer del 26 bombardeaban los puertos de Bermeo y de Mundaca, contestando los carlistas con vivo fuego de cañón y de fusil. A las 4 de la tarde y, después de haber disparado 107 proyectiles, la «Vitoria» se puso en franquía para dirigirse a Santander a repostarse de carbón. Polo de Bernabé se trasladó al vapor «Gaditano», que lo condujo a Santoña.

De nuevo en operaciones, la «Vitoria», desde el 5 de julio, enarbolando también la insignia Almirante, bombardeó el 7 otra vez, Bermeo y Mundaca y el 8 Lequeitio y Ondarroa, contestando siempre el enemigo con la misma energía y decisión, si bien las averías de la fragata eran insignificantes por la excelencia de su blindage.

En la noche del 8 se perdió a consecuencia de la niebla en la costa del Machichaco, el vapor mercante «Bayónés». Lograron salvarse los tripulantes y pasajeros, pero, entre ellos, 15 individuos de tropa, al ser reconocidos por los carlistas, fueron considerados por ellos, como prisioneros de guerra y como tales detenidos.

El 14 en San Sebastián y en ocasión de estar cargando en el «Ferrolano» granadas ojivales de 12 centímetros, se incendió la espoleta de una de ellas; pero el 2.º Comandante de la nave don Joaquín Barbieri, con gran valor, recogióla de la cubierta la arrojó al agua, evitando de este modo una segura catástrofe en el buque; acción por la cual fué recompensado, más adelante, el bravo marino, con la Cruz de San Fernando.

Durante los días 20 y 21, la «Concordia», la «Consuelo» y el «Fernando el Católico», hicieron fuego sobre Bermeo y Lequeitio.

En los restantes días del mes de Julio, la fragata «Vitoria», en unión o separada de los demás buques de la Escuadra, continuó incesante, el bombardeo de los puertos facciosos y baterías de la costa.

Dice así el «Cuartel Real», órgano carlista, refiriéndose a los destrozos ocasionados en Lequeitio por los barcos de guerra: «Doscientas granadas han lanzado los liberales sobre este pueblo causando en él destrozos de consideración. El magnífico palacio Uribarren y el Convento de las Dominicas están materialmente convertidos en ruinas, pues han estallado en ellos 40 o 50 proyectiles, algunos de gran tamaño de la «Vitoria».

LORENZO RODRÍGUEZ DE CODES.

EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS, CABALLERO DE SANTIAGO

EN la Iglesia de las Comendadoras de Santiago se ha celebrado la ceremonia de armar caballero e imponer el hábito de dicha Orden militar a S. A. R. el Príncipe de Asturias.

La iglesia ofrecía brillantísimo aspecto. La imagen del Santo Apóstol aparecía en el presbiterio, donde tomó asiento S. M. el Rey, que, como gran maestro y administrador perpetuo de las Ordenes militares, presidía el Capítulo. A la izquierda del Monarca se sentó el Obispo prior de las Ordenes militares, doctor Estenaga.

La Real Familia se situó en el lado del Evangelio. El de la Epístola era ocupado por el obispo de Madrid-Alcalá y el Patriarca de las Indias. A lo largo del templo se colocaron los caballeros santiaguistas, con manto, y detrás los de las demás Ordenes militares, de uniforme.

El templo se hallaba engalanado con reposteros de las casas de Infantado y Alcañices, y en él tenían su puesto de honor personalidades del Directorio, autoridades, Cuerpo diplomático extranjero y representaciones de la grandeza de España y Maestranzas. El resto de la iglesia estaba totalmente ocupado por una concurrencia muy distinguida.

En representación del Ayuntamiento asistieron el alcalde, señor Alcocer, y el señor Fuentes Pila.

El duque del Infantado, como presidente del Consejo de Ordenes, leyó

primero en latín y después en romance, la bula del Papa S. S. Benedicto XV, por la que se dispensaba al neófito, dado su alto linaje, de la edad y otros requisitos.

Como padrino de S. A. figuró el duque del In-

fantado, actuando como maestros de ceremonias los señores conde de Cedillo y Morales de los Ríos.

Una vez celebrada la ceremonia de rigor en todo cruzamiento, en la que al neófito le fueron calzadas las espuelas por el conde de Bellver, el nuevo santiaguista abrazó y fué abrazado por todos sus compañeros de Orden.

Entre los caballeros santiaguistas que formaron el capítulo de Santiago, figuraban: los duques de Medinaceli, Almenara Alta, Osuna, Sotomayor, Tovar y Sanlúcar la Mayor; marqueses de Santa Cruz, Corpa, Mont-Roig, Llano de San Javier, Rincón de San Ildefonso, Montefuerte, Real Defensa, Casa-Torres, Campo de Aras y Bolaños; condes de Santa Coloma, Campillos, Almenas, Bilbao, Real Piedad, Cerragería, Montefuerte, San Alberto, Revilla, Torre de Cela, Casa-Puente, Morales de los Ríos y Villamediana; vizconde de Bellver, y señores Busto (don Lorenzo), Rodríguez de Rivas, Loygorri, Dusmet, Nogales, Figueroa y Bermejillo, Urzáiz (don Isidoro), Manso de Zuñiga, Muguero y Frigola, Quijano y Besga Zamora.

En el coro bajo asistieron a la ceremonia las Infantas Doña Beatriz y Doña Cristina, con las religiosas comendadoras, a cuyo frente se hallaba la Prelada doña Laura Espinós.

El Príncipe de Asturias recibió muchas felicitaciones.



Interior del templo de Comendadoras de Santiago, durante el cruzamiento del Príncipe de Asturias.

LA FACHADA DEL HOSPICIO

De regreso de una excursión a Toledo, me contaba ha pocos días una ilustre dama italiana sus impresiones de viaje, compendiándolas en la desilusión que le produjera la ciudad, dos veces Imperial, hoy exhausta de las antiguas Casas señoriales en las que tomó antaño arraigo gran parte de la Nobleza española.

Hube de improvisar una deslavazada explicación que procurara tener visos de razonamiento, si bien para mí no hay causa alguna que justifique la expoliación artística que están sufriendo nuestros pueblos históricos; aunque se pretenda reparar este daño, picando las piedras seculares para que fragüe el mortero y sirvan de hormigón a modernas y almiaradas construcciones, con arcadas y frontones de guardarropía, rematados por escudos y almenas de escayola...

Refiniéndome al edificio con cuyo nombre encabezo estas líneas, diré que al tratar las Corporaciones de el destino que había de tener su fachada, y después de traer y llevar opiniones sobre la importancia artística de tal manifestación arquitectónica, que señala una orientación tan genuinamente española, sólo por el hecho inocente de ser marca de un derrotero, genial si se quiere, pero muy nuestro, se aconseja el acuerdo de hacerla desaparecer del sitio donde se ostentó, erigida, varios siglos y de arrinconarla para mejor ocasión.

Me hecho a temblar ante tal decisión, siendo así que, por el contrario, debía ser ese viejo pabellón ensalzado, en unánime sentir patrio, cual en Francia se encumbra el estilo «rococó» y en Portugal se habla con entusiasmo respecto del «arte manuelino». ¿Qué se diría del criterio que se tuviera sobre una concepción filosófica (alguna que parece, por su extravagancia, producto de rímbosa excreción cerebral) que, porque el tiempo hubo patentizado sus errores, fuera mandada destruir hasta en los manuscritos con que diera al mundo sus primeros vagidos, para que de tales elucubraciones no quedara el menor vestigio?

Pensemos que el último noble gesto que hizo la dinastía austriaca, que tantos días de asombro trajo hacia nuestro pueblo, lo dejó esculpido antes de su adiós en esas piedras que hoy se hallan amenazadas (por muy numeradas y silicatas que sean) de ser olvidadas, como otros tantos monumentos antes existentes en Madrid y de los que se conserva muy nublada memoria. ¡Oh, manes de la nobilísima casa de Tasso, cuya piedra sepulcral del siglo XV se conserva con fervor (según pude comprobar de visu en la catedral de Francfort), que no supisteis defender vuestro derecho sobre la puerta de la madrileña mansión de los Oñate! ¡Vosotros; que reflejasteis la primera luz que aureoló el genio de Murillo al lado de las gradas de San Felipe!

Intentar desarraigat tal manifestación de arte del lugar donde se emplazó, es algo que no nos perdonarán nuestros mayores; porque separar, para sabe Dios cuándo en que se vuelvan a unir, a esos pétreos lazos, guirnaldas y paños, labrados sobre los bloques de la susodicha fachada, es romper una página de nuestra Historia, que abarca desde la guerra de Sucesión.

Esos sillares, estando enhiestos, nos dicen que desde 1674, en que fué inaugurado el edificio que detrás de tan soberbia portada se hallaba, ha sabido de todas las miserias y lacerias de la corte brillante de los Borbones de Felipe V, la cual, al contemplar la entrada al zaguán de la «Primera Casa de Socorro de San Fernando», creyó ver reproducida en piedra una magnífica cornucopia de tiempos del «Rey Sol».

Porque desde allí nos hablan, en las oquedades en que yacen, los ecos de mil voces de las

postrimerías de la centuria diez y siete, para pregonar que los sentimientos altruistas del trinitario y bienaventurado Simón de Rojas, que recogió a los primeros desheredados de la fortuna en pobre vivienda, al final de la calle de las Carretas, en la época de Felipe III, tuvieron amplio acomodo y fueron proseguidos con largueza desde la calle de Santa Isabel, a donde se trasladó el Hospicio, reinando en regencia Doña Mariana, a la de Fuencarral, no lejos de la puerta de Bilbao.

Y nos cuentan, con cavernosa voz de anciano desengañado, que totalmente concluida en 1725 la casona con todas sus dependencias, tuvo, gracias a la munificencia de Don Felipe V, un crecido caudal, con el que se podía sostener a 390 pobres: para albergue de los cuales labró el arquitecto Pedro Rivera esa fachada, que, a Dios gracias, aun se sostiene en pie, la que



Fachada del Hospicio de Madrid original de Pedro Rivera.

costó la suma, crecida para aquel entonces, de 968.429 reales de vellón. Y en verdad que el artifice hizo bien dando al Palacio de la Misericordia gran ornato, pues así, a los que con burla pudieron reirse de nuestra desventura, podía mostrárselos para poder dar a los Soberanos españoles los títulos de Reyes de Jerusalén, de Galicia, de Aragón, de Baleares, de Sevilla, de Toledo, de Murcia, de Almería, de Granada, de Cerdeña, de Navarra, de Sicilia; Condes de Barcelona, Señores de Vizcaya y de Molina.

Atributos de poder son éstos cuyos emblemas ostenta la clave de su balcón, en los símbolos heráldicos representativos de soberanía; y claramente se leen tales títulos sobre las cinco cruces, señal de otras tantas iglesias que en torno al Santo Templo fundó en los lugares de la Sagrada tragedia Godofredo de Bouillon; el Santo Grial, que, cual perenne faro, ilumina el camino de Santiago; las cuatro bermejas trazas que manaron de la herida de Vifredo el Velloso; la sedente figura del padre del Rey Sabio, rodeado de los arzobispos-patronos de la bética ciudad; la corona del castellano emperador Alfonso VII; las cinco ducales coronas del Estado murciano de *Todmir*; las férreas cadenas, trofeo glorioso del navarro Sancho III, tomado en la epopeya cristiana contra Mahomed Ben Yacub; el árbol de los sagrados fuegos, dando sombra al vigor de don Lope de Haro, simbolizado por los ágiles lobos; la cruz llana de gules, dada como empresa de guerra en el siglo XIV, por el obispo de Valencia, a los valientes que sentaron sus reales frente a la Imperial Almería, que, adscrita a la soberanía española definitiva-

mente en la quince centuria, rodeó tan animosa enseña de los cuarteles componados en que figuran casi todos los signos heráldicos de los cristianos de la España de Oro. Y por fin, el áureo fruto del granado mostrado ya en sazón y dejando escapar por entre su entraña las bermejas lágrimas que derramó Boabdil al perder la más preciada perla del alcázar de sus ilusiones y verla prendida en el deslumbrante joyel de los Reyes Católicos.

Todo ello, con altivez digna del más humilde respeto, campea en tan demostrativo como completo alarde de riqueza y arte.

¿Es, pues, mucho pedir, para tal signo de grandeza, que sea indultado de la piqueta destructora que va a desmontar ese monumento tan español?

Por él pasaron los pillos y gallof que sirvieron de modelo a nuestros famosos pintores y, de esos girones de hombres, escribió el gran observador, don Diego de Torres y Villarroel, años después que el señor de la Torre de Juan Abad, pero con el mismo donaire que el habilísimo caballero de Santiago, sus festivos e incomparables *Sueños morales* y *Diálogos con Quevedo*, siendo el autor, por entonces, celeberrimo catedrático de la Universidad de Salamanca.

Sus palabras, rebosantes de ingenio y sabor de época, son las que siguen:

«Este es el Hospicio de los desahuciados de la suerte, de los incurables de la fortuna: aquí recoge la providencia política y cristiana a los que hieden en cualquiera parte a donde los arrastra la necesidad de detener la vida con el sustento cotidiano.

«Entremos, y verás lo que se agregó después de su siglo. Llegamos a la puerta, y el portero tenía cara de haber almorzado ajenos y vinagre; gruñónos un poco al entrar, y ya en la casa, vimos a un hombre, machucado a mojonos de los días; engullido en un saco hasta la nuez; la frente trepando sobre el testuz, no le paraba hasta derramarse, desde el cerro vertical a las honduras del colodrillo; sin un materral de pelos en el campo de su chola; un cubo de bacía por casco; dos aventadores por orejas, que parecían asas; descabalado de ojos; hombre aguja como un testigo de vista solamente; tan mocosos, que acudía a sonarle la pringue por momentos; agachado de narices, calvo de dentadura, lujurioso de barbas; más largo de rizos que colación; más chupado que un caramelo, y tan sutil y angosto, que parecía hilado.

«Este (le dice a Quevedo) es uno de los pobres a quien la novedad de este siglo puso a la cola de fortuna. Este enseñó mucho tiempo a formar silogismos de compases, para concluir en cualquiera del contrario de aquellos que verían muchas veces reducirse a *Ferío*. Este era dialéctico de idas, catedrático de tajos, doctor de reverses (como lo son algunos en derecho), preceptor de mandobles y maestro de descabarse; a éste, que estaba una vez batallando con un discípulo de su misma escuela, se le entró el botón por uno de los ojales de la cara, crió el cuervo sacóle un ojo. Después de algunos días prosiguió dando liciones...»

Merezcan bien de su pueblo esas sociedades artísticas que en clamor han acordado acercarse al Poder Público para pedir que no sea demolida la secular portada del Hospicio. Como está aún, consérvese; con sus dos torrecillas cuadradas y la cruz de doble traviesa en el alto de la derecha, demostrativa de haber tenido antes la institución, en cuanto al régimen eclesiástico, jurisdicción exenta del Ordinario. Dense las órdenes oportunas para afianzar sus cimientos y consolidar sus muros; restaurando lo necesario sin refundir nada para no quitarle la pátina de los siglos. Y así servirá de digna entra-

da al parque, que debe llamarse de San Fernando, en homenaje justo, al más venerado símbolo de elevada fe que tiene nuestra Historia.

¡No borreís suprimiendo tan secular recuerdo, ese renglón de sano orgullo, por loable preterito, de gloria no pareada y de fecunda enseñanza para el ansiado porvenir!

Mundo Mundillo...



RECIENTEMENTE ha hecho su primera comunión, en el Colegio de Nuestra Señora del Recuerdo de Chamartín de la Rosa, el niño José Antonio R. de Celis y de Cevallos, marqués del Trebol y vizconde de Utero de María Asensio, hijo del gentilhombre de Cámara de Su Majestad don Cándido R. de Celis y nieto del magistrado jubilado del Tribunal Supremo señor Rodríguez de Celis.

La capilla del Colegio ofrecía un precioso aspecto adornada con plantas y flores. Administró el Sacramento y pronunció sentida plática el obispo de Ciudad Real, prior de las Ordenes militares.

En el jardín del Colegio se sirvió luego un «lunch», que ofrecieron los señores de R. de Celis a sus numerosas amistades, asistentes al acto, entre las que se encontraban distinguidas damas de la aristocracia y nutrida representación de la magistratura.

El joven marqués del Trebol recibió valiosos presentes y regaló preciosos recordatorios.

DIMOS oportuna cuenta de la concesión de la Gran Cruz del Mérito Militar a la generosa señora doña Beatriz Esteban y Fernández del Pozo, condesa de Medina y Torres, como justa recompensa a su caridad, patriotismo y amor al Ejército.

Es ésta la única dama que ostenta en la actualidad tan preciada condecoración, y bien merecidamente, por cierto. Como es sabido, en los momentos más dolorosos de la campaña de Melilla, la caritativa condesa de Medina y Torres entregó para la asistencia de los heridos y enfermos la llamada «Colonia de Valdelasierra», de su propiedad, situada en Guadarrama, y que consta de un magnífico hotel, que cedió con todo su ajuar y 200 camas totalmente equipadas, y con sus mudas correspondientes; más siete hoteles que fueron destinados a pabellones de oficiales.

Nada faltaba en la importante instalación: vajilla, cristalería, batería de cocina y gracias a ello el transporte de los trenes de heridos pudo realizarse inmediatamente.

La vida en aquella colonia-sanatorio fué tan grata para los centenares de oficiales y soldados que allí sanaron, que su gratitud no reconoce límites, y la condesa de Medina y Torres ha recibido constantes pruebas de reconocimiento, en cartas que a diario le llegaban desde todos los puntos de España.

Con motivo de tan honrosa como justa distinción ha recibido la ilustre dama muchas felicitaciones.

HAN sido agraciadas con la Banda de la Orden de Damas Nobles de María Luisa la señora viuda de Arnús, hermana de la marquesa de Comillas y doña Ana de Urquiza, marquesa viuda de Villamediana.

POR el Ministerio de Gracia y Justicia han sido aprobadas las cesiones de títulos que el marqués de Peñafuente ha hecho en favor de sus hijos: conde de Añoover de Tormes a favor de don Juan del Alcázar y Roca de Togores, y conde del Sacro Romano Imperio a favor de don Luis del Alcázar y Roca de Togores.

SU Majestad el Rey se ha dignado hacer merced de título del Reino, con carácter vitalicio y

Háganse accesibles las dos puertas que en el centro de ambas alas de la portada se hallan hoy cubiertas por rejas. Y de este modo, permitiendo que mañana, bajo ellas y la puerta de honor, corroteen legiones de niños, se habrá conseguido nuevo punto de adoración a la Patria; pues muchas veces al día, dirigiendo los pequeñuelos su vista, hacia lo alto de la fachada del hos-

picio; al asentar su silueta sobre el azul del cielo, irán recitando cual una oración apuntada por sus piedras las siguientes palabras: «¡Salve, Madre España de San Fernando, que por el tesón y esfuerzo de tus hijos fuisteis Reina de Jerusalén, de Cerdeña, de Sicilia...!»

DOCTOR FERNANDEZ DE ALCALDE

denominación de duque de Villafranca de los Caballeros, con grandeza de España, a favor de doña María del Pilar Muguero y Beruete.

La distinguida dama sobre quien ha recaído tan alta merced es viuda del duque de Marchena, hijo de los Infantes don Sebastián y doña Cristina.

La actual duquesa de Villafranca de los Caballeros es hija del primer conde de Muguero y de la condesa de Alto Barcilés. Hermanos suyos son las marquesas de Salinas y de Torre Hermosa, la condesa de Casal y el conde de Muguero y Alto Barcilés.

A las muchas felicitaciones que ha recibido tan distinguida dama, unimos la nuestra.

LA duquesa de Montellano, dama de honor de la Reina de Italia, durante su estancia en Madrid, ha sido obsequiada por Su Majestad con un precioso abanico de encaje de Venecia, con cifra y corona real en brillantes.

HAN dado a luz con toda felicidad: una niña, la duquesa de Almenara Alta; un niño, la marquesa de La Granja y de Villaverde y una niña la marquesa de Valdivia.

También la condesa de la Maza ha dado a luz felizmente una preciosa niña, que hace el número dos de sus hijos. Con este motivo, los duques de Fernán-Núñez, abuelos de la recién nacida, han recibido muchas felicitaciones.

A la recién nacida le ha sido impuesto el nombre de Silvia.

Asimismo ha sido bautizado el recién nacido hijo de los condes de los Andes. El neófito a quien se impuso el nombre de Fernando, fué apadrinado por los marqueses de Puertohermoso.

ENTRE las muchachas presentadas últimamente en sociedad con motivo del baile en el palacio de Liria, se encuentran la muy bella Concha Vadillo, hija de los marqueses de este título, y dos encantadoras señoritas hijas de los marqueses de Valderrey.

HAN sido nombrados gentileshombres de Su Majestad, con ejercicio y servidumbre, en calidad de primogénitos de Grandes de España, los hijos mayores de los marqueses de Urquijo, Rafal y Aranda y del conde de Heredia Spínola.

A la duquesa de Moctezuma le ha sido practicada con feliz éxito una delicada operación quirúrgica.

EL marqués de San Vicente y de Velilla de Ebro ha cedido a su hijo don Luis Jordán de Urries y Patiño, el título de barón de la Peña.

CON gran éxito se ha inaugurado, en el local de Los Amigos del Arte, la Exposición, organizada por esta culta Sociedad, de Códices miniados españoles. Nos proponemos ocuparnos de esta notable exposición, en nuestro próximo número, con la detención que merece.

Enorme liquidación

de vestidos, lanas, sedas y esponjas a mitad de su precio en

LA MUÑECA PARISIEN

Fernando VI, núm. 12

Notas de pésame

A principios de mes tuvo triste fin la enfermedad que desde hace algún tiempo padecía, con cristiana resignación, la ilustre marquesa viuda de Portago.

Doña Ángela Carvajal y Jiménez de Molina pertenecía a una ilustre familia, siendo hija del duque de Abrantes. Hermanos suyos son los marqueses de Valdefuentes y los condes de la Quinta de la Enjarada y Jiménez Molina, y hermanos políticos los marqueses de Villanueva de Valdeza, la marquesa viuda de Navamorcuende y las condesas viudas de Aguilar de Inestrillas y de Catres.

En la sociedad madrileña, que frecuentó mucho, siendo una de las damas que más llamaban la atención por su belleza, gozaba generales simpatías. Su muerte ha sido por ello muy sentida. Era también una señora muy bondadosa y caritativa, que se interesó con entusiasmo por diversas empresas de caridad y de cultura, como la de las Escuelas católicas. Desde Enero de 1919 era dama de la Reina.

Estuvo casada con don Vicente Cabeza de Vaca y Fernández de Córdoba, marqués de Portago, ministro que fué de la Corona y alcalde muy querido y popular en Madrid. De este matrimonio son hijos el actual marqués de Portago, conde de la Mejrada, casado con doña Dolores Castillo; doña Carmen, esposa del barón de Segur; la marquesa de Mariño y el marqués de Moratalla, solteros.

Damos a sus hijos nuestro pésame más sentido y cariñoso.

OTRA dama que gozaba de muchas simpatías y respetos en sociedad, ha fallecido: la condesa viuda del Serrallo.

Pertenecía doña Manuela de Urbina y Ceballos-Escalera a una ilustre familia, siendo hermana del marqués de Cabriñana y del difunto marqués de Rozalejo. Hermana política es también la marquesa viuda de Somoancho.

Estuvo casada con el ilustre teniente general don Ramón Echagüe y Méndez Vigo, conde del Serrallo, no habiendo hijos de este matrimonio.

La condesa del Serrallo frecuentó mucho la sociedad, y por su bondad y cultura era muy querida en ella.

Era la finada, dama de la Reina y poseía la Banda de la Orden de Damas Nobles de María Luisa.

Por la muerte de la distinguida dama visten de luto varias aristocráticas familias.

Descanse en paz la bondadosa dama y reciban sus hermanos y demás parientes nuestro más sentido pésame.

TAMBIÉN ha fallecido la distinguida señora doña Rita Díez de Ulzurrun y Alonso Colmenares, esposa del ex ministro de Fomento don Rafael Gasset.

La muerte de la bondadosa señora fué producida por un ataque de uremia.

Pertenecía la finada a la ilustre familia de los marqueses de San Miguel de Aguayo. Era hija de los anteriores marqueses, siendo hermanos suyos el actual poseedor del título y la marquesa de Aldama.

De su matrimonio con el ex ministro don Rafael Gasset deja cinco hijos: Luis, Pepe, Carmen, Rita y Eduardo.

Muy de veras nos asociamos al duelo del señor Gasset, de sus hijos, y demás familia.

LOS TRES GUARDIANES

TRES eran, tres, los hijos de Ardián, el enano de Amadis.

Tres eran, tres...

Vestían de rojo y llevaban sendos «Kirikis» en la cabeza.

Llevaban sendos «Kirikis» y también portaban sendas cachiporras, erizadas de clavos.

Tres eran, tres, los hijos de Ardián.

Día y noche guardaban el agua milagrosa de la Fuente Juvencia, manantial que poseía la virtud de devolver la energía y mocedad a los viejos y gastados. Por eso los tres enanitos rojos de las tres cachiporras, a la sombra de alto nogal, cumplían su cometido.

Varios fueron los osados que atrevieron a robar el agua mágica; pero su osadía y valor se estrellaron ante los hijos de Ardián, el enano de Amadis.

Una vez, decidido a conquistar la fuente, acudió el gran caudillo Rodolfo de Aquitania al frente de cien caballeros de probado valor, bien templadas armas y recia armadura.

Llegaron hasta el nogal, y Rodolfo, sacando el pecho y parándose en los estribos, gritó a los enanos:

—¡Apartaos de ahí, miserables reptiles, que os decís dueños del manantial precioso! Esa fuente que guardáis sólo ha de pertenecer al Príncipe Rodolfo de Aquitania y a sus bravos caballeros aquí presentes!

El más viejo de los tres hijos del bufón de Amadis, contestó sin inmutarse:

—¡Señor! Por vuestro propio bien y por el de vuestros caballeros, os aconsejamos que desistáis de tal empresa, si no queréis regresar a vuestra Aquitania algo peor de lo que pensáis.

Al oír el consejo, Rodolfo soltó una fanfarrona carcajada, que halló eco en los cien paladines que con él venían. Después, se aseguró bien en la silla, enfiló la lanza y exclamó con terrible acento:

—¡Ahora veréis, gusarapos despreciables, quién es el gran Rodolfo de Aquitania y quiénes sus leones!

Conque a todo galope de sus caballos fueron sobre los tres enanitos.

Entonces ocurrió una cosa nunca vista: los hijos de Ardián, sin retroceder un paso, dijeron:

«¡Cachiporras de los tres, cumplid con vuestro deber!»
Y aquéllo fué sorprendente. Las ca-

chiporras comenzaron a repartir tales golpes y tan certeros, que, en menos de un minuto, Rodolfo de Aquitania y sus cien valientes rodaban por el suelo con las armas rotas, llenos de chichones y de abolladuras.

Tanta leña repartieron, que el orgulloso Príncipe, no pudiendo sufrir más, solicitó el perdón.

Acto seguido, los enanitos volvieron a ordenar:

«¡Cachiporras de los tres,

F R E Y A

LA SUGESTIVA DIOSA DE LA JUVENTUD PERENNE, HA SERVIDO DE NOMBRE A UNOS NUEVOS POLVOS DE ARROZ LLAMADOS A ALCANZAR ENTRE LAS SEÑORAS EXITO DEFINITIVO.

NO SOLAMENTE POSEEN PROPIEDADES INSUPERABLES DE FINURA, AROMA Y ADHERENCIA, SINO QUE SE FABRICAN EN DIVERSOS TONOS, PARA QUE SIRVAN ESPECIALMENTE A CADA CUTIS.

BLANCOS-ROSA, 1 y 2.—RACHEL, 1 y 2.—MORISCOS Y MALVA. ESTOS ULTIMOS SON DE SORPRENDENTES EFECTOS CON LUZ ARTIFICIAL Y DE EXITO SEGURO EN TEATROS, RECEPCIONES, BAILES, ETC.

PRECIO: 3,50 PESETAS

ULTIMA CREACION DE "FLORALIA"

ya se rinden. No peguéis!»

Con que las cachiporras tornaron a estar quietas, mientras el gran Rodolfo y los suyos se largaban a Aquitania, cojeando unos, mancos los más y maltruchos todos.

Y pasaron días y meses y años, sin que nadie más tentara la peligrosa aventura, hasta que en el reino de Cordelia se halló en trance de muerte Florisa, la hija del Rey Guisando. Más bonita que la princesa no se había conocido jamás. Por eso el padre negó su mano a cuantos magnates acudieron a pedirla. Ya podéis suponer cómo estaría el Monarca al ver que se moría el más preciado tesoro de su reino.

Por todas las partes del mundo fueron heraldos anunciando, previo toque de clarines, que el muy Poderoso Rey Guisando otorgaría la mano de su hija al que lograra apoderarse de la Fuente Juvencia, cuyas aguas eran lo único capaz de devolver la salud a la Princesa Florisa.

Mas como todos comprendían lo imposible de la hazaña, ni uno se atrevía a probar empresa tan peligrosa. Hasta

que un día entró al servicio del Rey un pobre juglar, encargado de cantar trovas y entretener a la enfermita.

Se llamaba Lisardo y era hijo de un humilde pastor de la montaña Rubia.

Lisardo, apenas vió a Florisa se enamoró locamente de ella, tanto que decidió o salvarla o morir; sin consultarlo con nadie, cogió un jarro de plata lleno de vino muy dulce, pero muy fuerte, y hala, hala, se presentó delante de los tres enanitos.

—¿Qué buscas aquí, mentecatuelo?—preguntó el más viejo de los hijos de Ardián. ¿Viénes a quitarnos el agua milagrosa?

—Nada de eso—respondió Lisardo—. Gracias al cielo, gozo de buena salud y sería bien tonto si teniendo este licor exquisito, perdiera el gusto bebiendo ese agua de ranas.

—Llamas agua de ranas a lo que los más altos paladines vinieron a conquistar, en vano.

—Todo eso está muy bien—siguió Lisardo—; pero yo, que soy menos egoísta que vosotros, os invito a que probéis mi licor, sin que os pida una gota de vuestra fuente.

—Siendo así, aceptaremos. Y trago va, trago viene, se bebieron toda la jarra.

—¿Qué os parece?—dijo Lisardo.

—Riquísimo; pero es mejor nuestra agua.

—Ahora veré si es verdad—continuó el juglarcito—metiendo la jarra de plata en el manantial mágico.

Los enanitos trataron de impedirlo; pero Lisardo, los tiró panza arriba, y llenó su ánfora hasta los bordes.

Entonces los hijos de Ardián llamaron a sus cachiporras, mas como estaban borrachos se les trabó la lengua y dijeron:

«¡Cachipotrés de los rás, comed con voste deblás!»

Y, claro, las cachiporras seguían quietas, mientras que Lisardo, corre que te corre, llegó a Palacio.

La Princesa estaba ya en la agonía. El juglar, sin perder tiempo, vertió sobre la boca entreabierta de Florisa un chorro de agua milagrosa y como por arte de magia, la Princesa pegó un salto, y dió un beso a su salvador, curada.

Ya podéis suponer lo demás: hubo fiestas, alegría y boda.

Del agua restante salieron los secretos «Ondulina» y «Sudoral», de Floralia.

En cuanto a los enanos, aun les dura la borrachera.

PRINCIPE SIDARTA

SENAS QUE DEBEN TENERSE SIEMPRE PRESENTES

ALTISENT Y C.^{IA}

CAMISERIA Y ROPA BLANCA FINA
ULT MAS NOVEDADES
Peligros, 20 (esquina a Caballero de
Gracia). — MADRID

CASA SERRA (J. González)



ABANICOS, PARAGUAS, SOM-
BRILLAS Y BASTONES

Arenal, 22 duplicado

Compra y venta de Abanicos
antiguos.

BICICLETAS, MOTOCICLETAS, ACCESORIOS.
REPRESENTANTES GENERALES
DE LA

FRANÇAISE DIAMANT Y ALCION
BICICLETAS PARA NIÑO, SEÑORA
Y CABALLERO.

Viuda e Hijos de C. Agustín
Núñez de Arce, 4.—MADRID.—Tel. 47-76

LA CONCEPCIÓN SANTA RITA

Arenal, 18. Barquillo, 20.
Teléfono, 53-44 M. Teléfono, 53-25 M.

LABORES DE SEÑORA
SEDAS PARA JERSEYS Y MERCERIA

Gran Peletería Francesa
VILA Y COMPAÑIA S. en C.
PROVEEDORES DE LA REAL CASA

FOURRURES CONSERVACION
MANTEAUX DE PIELES
Carmen, núm. 4.—MADRID.—Tel. M. 33-93.



EL LENTE DE ORO

Arenal, 14.—Madrid

GEMELOS CAMPO Y TEATRO
IMPERTINENTES LUIS XVI

CEJALVO

CONDECORACIONES

Proveedor de la Real Casa y de los Ministerios
Cruz, 5 y 7. — MADRID

ETABLISSEMENTS MESTRE ET BLATGÉ

Articles pour Automobiles et tous les Sports.

Spécialités: TENNIS — ALPINISME
GOLF — CAMPING — PATINAGE

Cid, núm. 2. — MADRID — Telf. S. 10-22.

LE MONDE ELEGANT ET ARISTO-
CRATIQUE FREQUENTE LE HALL DU
PALACE - HOTEL DE 5 A 7 1/2

HIJOS DE M. DE IGARTUA

FABRICACION de BRONCES
ARTISTICOS para IGLESIAS

MADRID.—Atocha, 65.—Teléfono M. 38-75
Fábrica: Luis Mitjans, 4. — Teléfono M. 10-34.

RAFAEL GARCIA

GRAN FABRICA DE CAMAS DORADAS
—MADRID—

Calle de la Cabeza, 34. Teléfono M. 9-51

MADAME RAGUETTE

ROBES ET MANTEAUX

Plaza de Santa Bárbara, 8. MADRID

Casa Jiménez - CABATRAVA, 9

Primera en España en

MANTONES DE MANILA
VELOS y MANTILLAS ESPAÑOLAS
SIEMPRE NOVEDADES

Viuda de JOSÉ REQUENA

EL SIGLO XX

Fuencarral, núm. 6. — Madrid.

APARATOS PARA LUZ ELECTRICA—VAJILLAS DE TODAS
LAS MARCAS—CRISTALERIA—LAVABOS Y OBJETOS
— PARA REGALOS

NICOLAS MARTIN

Proveedor de S. M. el Rey y AA. RR., de las
Reales Maestranzas de Caballería de Zaragoza
y Sevilla, y del Cuerpo Colegiado de la Nobleza,
de Madrid.

Arenal, 14. Efectos para uniformes, sables
y espadas y condecoraciones

LONDON HOUSE

IMPERMEABLES—GABANES—PARAGUAS
BASTONES—CAMISAS—GUANTES—CORBATAS
CHALECOS

— TODO INGLÉS —

Preciados, 11. — MADRID

HIJOS DE LABOURDETTE

CARROCERIAS DE GRAN LUJO — AUTOMOVI-
LES DANIELS — AUTOMOVILES Y CAMIONES
ISOTTA FRASCHINI

Miguel Angel, 31.—MADRID.—Teléfono J. - 723.

Acreditada CASA GARIN

GRAN FABRICA DE ORNAMENTOS PARA
IGLESIA, FUNDADA EN 1820

Mayor, 33. — MADRID — Tel.º 34-17

Galiano

SASTRE DE SEÑORAS

Argensola, 15. MADRID

EUGENIO MENDIOLA

(Sucesor de Estolaza)

FLORES ARTIFICIALES

Carrera de San Jerónimo, 38.
Teléfono 34-09. — MADRID.

JOSEFA

CASA ESPECIAL PARA TRAJES DE NIÑOS
Y LAYETTES

Cruz, 41.—MADRID

ANTIGUA Y UNICA

CASA "LAMARCA"

Carrocerías y carruajes de lujo.

Proveedor de SS. MM.

GENERAL MARTINEZ CAMPOS, NUM. 39

Fábrica de Plumas de LEONCIA RUIZ

PLUMEROS PARA MILITARES Y CORPORACIONES
LIMPIEZA Y TEÑIDO DE PLUMAS Y BOAS
ESPECIALIDAD EN EL TEÑIDO EN NEGRO

ABANICOS—BOLSILLOS—GOMBRILLAS—ESPRITS
Preciados, 13.—MADRID—Teléfono 25-31 M.

LA MUNDIAL

SOCIEDAD ANÓNIMA DE SEGUROS

— DOMICILIO: —

MADRID || Alcalá, 53

Capital social... { 1.000.000 de pesetas suscripto.
505.000 pesetas desembolsado.

Autorizada por Reales órdenes 8 de
Julio de 1909 y 22 de mayo de 1918.

Efectuados los depósitos necesarios
Seguros mutuos de vida. Superviven-
cia. Previsión y ahorro. Seguros de
accidentes ferroviarios.

Autorizado por la Comisaría general de seguros.

Casa APOLINAR

-- GRAN EXPOSICION DE MUEBLES --

Visitad esta casa antes de comprar.

INFANTAS, 1, duplicado.

OOO@OOO

TELEFONO 29-5

ALMA IBÉRICA

DIRECTOR

A. SOLÍS AVILA

EXTENSA INFORMACIÓN GRÁFICA

CRONICAS DE SOCIEDAD.—MODAS.—CINES.—SPORTS

PLANAS ARTÍSTICAS.—PASATIEMPOS

Apartado de correos 10.032. — Teléfono 17-32 J.

30 céntimos en España y América

FRANZEN

FOTÓGRAFO

Príncipe, 11.—Teléfono M.—835

CASA RAYO

ENCAJES NACIONALES Y EXTRANJEROS

CONFECCION DE ROPA BLANCA

Fábrica en Almagro

Despacho: Caballero de Gracia, 7 y 9

MADRID.—Teléfono 21-06 M.

FÉLIX TOCA

Bronces - Porcelanas - Abanicos - Sombrillas
Camas - Herrajes de lujo - Muebles - Arañas

MADRID

Nicolás María Rivero, 3 y 5.—Tel. M. 44-77

Decir Chocolates

MATIAS LOPEZ

es decir los mejores Chocolates del mundo

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico.

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida

PARA EL TOURISTA

TODO VIAJERO AFICIONADO
A CUESTIONES ARTISTICAS
ENCONTRARA UNA UTILIDAD
EXTRAORDINARIA Y UN VER-
DADERO DELEITE LEYENDO
LOS SIGUIENTES LIBROS:

El Monasterio de Piedra.

Por tierras de Avila.

Una visita a León.

Vistas de Segovia.

POR

LEON ROCH

De venta en las principales librerías

CASA JIMENEZ

Aparatos fotográficos, relo-
jes, joyería y artículos para
regalo y viaje.

PRECIADOS, 58 Y 60

PRAST

FOTOGRAFIA ARTISTICA

Carrera de San Jerónimo, núm. 29

MADRID

Hijo de Villasante y Cía.

OPTICOS DE LA REAL CASA

10, Príncipe, 10

MADRID

Teléfono 10-50 M.



INDUSTRIAL GRAFICA. Reyes, 21.—Madrid.



EL VESTIDO MÁS HERMOSO

para un niño es su cutis terso, fresco, suave, gracias al uso del



Jabón Heno de Pravia

Es, por su pureza, el jabón ideal para niños y personas de cutis fino y sensible.

PASTILLA, 1,50
EN TODA ESPAÑA

Perfumería Gal
MADRID